

(La Huella de la Memoria)

# Breves historias de Capilla

Carlos Debandi

Espacio Cultural El Sitio

Paravachasca

2018

## Dedicatorias

A los viejos amigos de entonces

A los compañeros de la Escuela General José de San Martín y del Colegio  
Nacional Capilla del Monte

A mis maestros y profesores

## Agradecimientos

A todos los que participaron con sus comentarios y aportes.

A los lectores, que propiciaron este trabajo.

Esta publicación no es más que la recopilación de un conjunto de notas publicadas, relacionadas con mi infancia y adolescencia en Capilla del Monte, lugar y tiempo en los cuales puedo asegurar que fui feliz.

Las historias no tienen un vínculo cronológico. Traté de evitarlo, porque tampoco existe un lazo coherente entre ellas, son, como lo dije varias veces en los desarrollos, “solo reflejos de la realidad”, a veces acompañados por alguna cuota de fantasía.

He tratado de no molestar ni comprometer a nadie con estas historias que, en las cosas profundas, rinden culto a la sinceridad.

La vida en la infancia y la adolescencia es tan nutrida de vivencias que tuve que seleccionar aquellas que conllevan sentires propios y ajenos para abandonar el camino de una “historia personal” y se convierta en lo sucedido en el escenario amplio de la vida de pueblo, con sus personajes y situaciones, que convierten al tema en un asunto más universal que pueblerino.

De modo que su lectura no obliga haber sido capillense, aunque las historias serán mejor sentidas por ellos. Y por sus hijos y nietos.

Mi deseo era completar esta publicación con un anexo en el cual publicar algunas contribuciones interesantes hechas por los lectores, pero me ha sido imposible rastrearlas. Cuando lo logre, lo añadiré.

De todos modos, les agradezco las contribuciones que hicieron y también las que quieran hacer ahora

Espero les gusten estas historia, y las disfruten.

## Contenidos

Recuerdos básicos  
Historias de motos  
Ninona Fontana  
Mi amigo rico  
Historias contadas  
El otro Kiko  
Mis recuerdos del agua  
Laica o Libre  
Jugando a la cultura  
Romilio Rivero  
Los amores extraviados  
Monir Addur  
Promoción 61  
Dos historias  
El comienzo de la infancia  
César Carducci  
Nuestros maestros y profesores  
Intento espacial  
Los chicos de Capilla  
Historia de pájaros  
Mi noche soñada  
Seguimos con los amigos  
Estamos ya reunidos  
Recuerdos solicitados  
La música de aquella época  
Confesiones  
Una breve historia sensible  
La transición  
Lugares y personajes de aquella Capilla  
Otro personaje, una anécdota y un recuerdo  
La historia de Junquito Plumerón

## Recuerdos básicos

Es como destapar una cacerola.

Brota de allí el aroma de los recuerdos fuertes, de la niñez/adolescencia.

Hice mi escuela primaria y también la secundaria en Capilla del Monte.

Ayer, las noticias de los incendios forestales cargaron mi alma de recuerdos.

Veo en mis lectores actuales a Alicia Galatoire. Hija? Nieta? Del Dr. Galatoire, nuestro profe de anatomía e higiene y de literatura. Un profe recordado, liberal, radical, nos hablaba de sexo sin tapujos.

Le debemos una cosa importante: haber despertado en nosotros el amor por la literatura. Un amor que nació en esos años y todavía me acompaña.

El otro médico histórico del pueblo, el Dr. Luqui.

Su hija, Eunice, algo mayor que nosotros, alimentaba nuestras primeras fantasías cuando la veíamos pasar, como una amazona, sobre su caballo sin montura, breeches ajustados a sus muslos. Eunice reunía en su imagen una mezcla de masculinidad y femineidad que provocaba nuestros deseos instintivos. Posiblemente un anuncio de la revolución sexual que se demoraría tres o cuatro décadas para vencer los escrúpulos y prejuicios.

Había un tercer médico notable, el Dr. Rivero, mi médico de la infancia, que vivía casi enfrente del Hotel El Progreso, de los Orsi.

Los Orsi integraban una familia muy relacionada –por la política- a la mía. Su hijo Oscar fue mi compañero de aventuras, de caza y pesca. Su hermana, Petty, fue mi amiga y confidente en la secundaria. Rubia y bella, la torturaban los granitos de la adolescencia. Amiga antigua y perdurable de la Chuny Greco, otra amiga y actual lectora de nuestros desvaríos, casada luego con otro amigo, Ernesto Grossi.

Chuny más bien de pelo oscuro, hacían un par ganador con la rubia Petty. Quién no estuvo alguna vez enamorado de ellas?

Don Juan Orsi, primer senador peronista de Capilla, era compañero de partido de mi madre. Cuando estuve preso en los setenta le mandé, desde la cárcel, un llaverito peronista que (me dijeron) lo hizo llorar. Cuando salí de la cárcel lo visité, en su negocio, frente al correo. Allí nos abrazamos y lloramos juntos, como dos generaciones que se reencuentran después de atravesar historias duras..

La Petty, en aquellos viejos tiempos del secundario, andaba enamorada del Poli Grébol, y nos ponía celosos a todos. Nos confesábamos estas intimidades en la casa de nuestra amiga Analía Onto, hija de la profe de castellano, a la cual le gustaba cobijarnos a todos los alumnos como hijos propios. Su casa era nuestra guarida.

Analía terminó casándose con un primo político mío.

Y la Petty vive en las tierras de Jairo, en Cruz del Eje.

La Chuny, con Ernesto, en Tunuyán, Mendoza.

El hijo de Galatoire, que se llamaba Adolfo (Adolfito), formaba trío con los mellizos Zanni, uno de ellos, también Adolfo, se casó con la Pirucha Seía, hermana de mi amigo

Hugo. Con Hugo tuvimos las primeras dos motos Puma en la Capilla de aquellos tiempos. Junto con Lito Tauil (que tenía una Rummy), los Bandini y el Gardy, cruzábamos las montañas para conquistar a las chicas de Deán Funes. Nos sentíamos galanes internacionales.

El otro mellizo, Alberto, se casó con mi compañera de cole y amiga, la bella Norita Pérez, morocha de ojos hermosos, pero algo tristes, como que anunciaban una muerte prematura. Y así fue, dejándonos algo solos, a Alberto en primer lugar, y a todos los que la quisimos, como amiga y compañera.

Norita era amiga y vecina de Esther Reynoso, otra cumpa del cole, que anduvo hace poco con problemas, pero parece que ya pasaron. En su casa nos juntábamos todas las mañanas a estudiar y a planificar travesuras y amoríos. Te mando un beso Esther.

Por allí – en Brasil – anda otro del grupo: Carlos Perotti, un inventor empedernido.

Otra que reapareció en la red no hace mucho es Margarita Ríos, casada con el “loco” Luján, el electricista popular, que andaba en bicicleta con la escalera al hombro, y que una vez mandó a su ayudante al negocio de mi padre a comprar una caja torácica.

A mí me tocó representarlo, una vez, en una parodia colegial que teatralizábamos en nuestros bailongos. (qué palabra antigua!!!)

Así era parte de la gente de mi pueblo de la infancia y de la adolescencia.

Como dice León Gieco: “todo está guardado en la memoria”.

Es cuestión de ir sacándolo de a poco, para saborearlo. Así lo haremos.

En los últimos tiempos, gracias a esta tecnología comunicacional (recuperadora de vida) han reaparecido muchos de estos amigos que acompañaron mi niñez y mi juventud. Sus nombres los verán acompañando varias notas.

Me falta mencionar a Marina, pero claro, ella está presente en el presente. Juntos hacemos por El Sitio FM 95.3 el programa Música, Literatura y Vida, que transmitimos los jueves por la noche.

Para completar, con el hermano de Marina, Alberto, íbamos en su Vespa, desde Capilla a Cosquín, a los primeros festivales de folclore. Muertos de frío regresábamos en las madrugadas. Cantando como dos locos los temas escuchados.

Recuerdos. Recuerdos.

## Historias de motos

En mi nota anterior hablé de las “pumas” que tuvimos con Hugo Seía. Llegaron el mismo día, la de él amarilla, la mía roja. Hacía frío. Pero había que “probarlas”. Nos fuimos hasta La Cumbre. Volvimos resfriados. Desde esas épocas cargo una sinusitis crónica. Y un enorme amor por la libertad.

El grupo motoquero se fue integrando: a nuestras pumas el Gardy Muñoz sumó la suya; la Rummy de Lito Tauil; una gilerita 150 que no recuerdo de quién era; un par de

Siambrettas; alguna Paperino. Todo era irregular, parecía el primer capítulo de la Guerra de las Galaxias.

Digo, porque con ese grupo iniciamos una singular carrera: desde Capilla a Deán Funes, por Ongamira-Ischilín-Avellaneda-Sarmiento. Una aventura inolvidable. Allá nos esperaban las chicas Mir (las de Deán Funes, nada que ver con las Mir de Capilla, salvo que también eran hermosas). El regreso era por Jesús María-Ascochinga-La Cumbre-Capilla. La carrera ocupaba dos o tres días. Las motos, y nosotros, llegábamos deshechos. Porque en las noches intermedias, dos fiestas, una en el Sportivo de Deán Funes, bailes pre cuartetos, y la otra de más etiqueta, en la casa de las Mir. Teníamos un año para recuperarnos y repetir la apuesta.

La presencia de las motos fue aumentando. Un día apareció un corpulento y apuesto cincuentón en una poderosa Velocette (bicilíndrica, 350 cc). Desde ese día lo llamamos Coco Velocette, creo que nadie sabía su nombre verdadero. El solo dijo: me llamo Coco. El tipo andaba armado con dos pistolas de alto calibre, no sabíamos si era policía o gangster, pero era simpático, así que se sumó a nuestras tertulias en el City. En aquella Capilla, todo era posible. El Coco se cargaba un par de tragos y con su moto al mango, por la ruta, practicaba tiro con los carteles del camino. Algún día no supimos más de él. Dicen que lo apresaron.

Capilla continuó poblándose de motos. Tanto, que debimos organizar el Moto Club. Organizamos una sede en una oficinita que nos brindaron en el complejo de Lavoratto, ex Hotel Victoria. La oficinita era un entrepiso. Estaba arriba de la oficina RyZ (Rivadaneira y Zanni, una pequeña inmobiliaria del Chongo y uno de los mellizos). Colocamos un parlante en la calle y desde allí hacíamos anuncios e iniciamos este viejo oficio de la radio, que todavía me acompaña.

La siguiente moto poderosa fue una Gilera 300, también bicilíndrica, que irresponsablemente le compraron a Carlitos Fumega. Digo irresponsablemente porque a esa altura, Carlitos ya había caído en las garras del alcohol.

Una mala noche, tragos mediante, siguió de largo por la diagonal y se incrustó en la plaza San Martín. No recuerdo si fue ese accidente el que se lo llevó. Pero si que murió demasiado joven. Era un lindo tipo. Loco y querible.

Lo trágico pasó cerca de mi vida la mañana que Juanjo Mir, salió de mi casa, aceleró al mango la Lambretta y se estrelló en la esquina con un Ford 40, de aquellos bien duros. Con su cabeza abolló al auto. Tres días inconsciente, con un coágulo en su cráneo. Se salvó. Pero su destino parecía estar determinado. Años después se estrellaron con un auto en un puente por la zona de San Francisco. Allí murieron dos amigos: Juanjo y el inefable Huguito Almada. Y se salvaron otros dos, uno de ellos, Danny Zecca, participa habitualmente de este muro. Del otro, el más chico de los Massini, creo que se llamaba Delfor, no sé nada.

Las motos y motonetas fueron aumentando, en cantidad y calidad. Aparecieron las primeras Vespas y Lambrettas importadas; las modernas NSU; las Alpino; El joven Ramos, operador del Cine Enrique Muiño nos sorprendió con una pequeña motito, de las que usaban los paracaidistas en la Segunda Guerra. También hicieron presencia las bicicletas “a motor”. La primera, precursora, la tuvo el Enzo Marengo, nuestro destacado fotógrafo. Otra tuvo el “loco” Luján, ya mencionado en la nota anterior.

Un buen día apareció un simpático porteño, mecánico de motos, y puso su taller, en la Plazoleta de Balumba. Allí todos aprendimos la mecánica de las dos ruedas, acompañándolo en las noches, tomado de paso, alguna cerveza.

De ese grupo de locos motoqueros capillenses nació la idea, concretada al poco tiempo, de organizar las carreras de autos para competirle a Carlos Paz. Comenzamos con Turismo Nacional, por el circuito de San Marcos Sierras. Y tuvimos en varias ocasiones a los famosos de la época: el Pirin Gradassi con su auto Unión junto con Gainza Paz y Formisano; el Rolo Alzaga y Nasif Stéfano, con sus Alfa Romeo Giulia; compitiendo con el Fiat 1500 de Rodríguez Canedo: Bonano, con su Peugeot 403; los Gordini. Comandados por Gastón Perkins, compitiendo con los Unión; los De Carlo (Scaramella) con los Isard (Caldara); la irrupción violenta de los Mini Cooper....toda una época.

El automovilismo deportivo tenía antecedentes en Capilla. Muchos años antes, Jorge Descotte, con su coupé Chevrolet, había sellado una llegada triunfal en la calle Pueyrredón.

Y en varias ocasiones, por las calles del pueblo, carreras de autos antiguos mostraron las locuras del gringo Scalini y otros locos fanáticos locales.

Simplemente, para recordar.

## Ninona Fontana

Ninona fue uno de mis `primeros enamoramientos de niño adolescente.

Como suele ser, no correspondido.

Éramos casi niños todavía. En el triangulo, yo era el perdedor. Quien tenía ganado el amor de Ninona era nada menos que el “flaco” González, un verdadero héroe por su arrojo, destreza física y valentía.

Era el que mejor se lanzaba del trampolín de la Municipal.

Era el que hacía equilibrio sobre el puente ferroviario, en el Calabalumba, para deleite de los turistas y sufrimiento nuestro.

Se lanzaba en una goma en las crecientes del río, mientras las piedras rodaban, junto con el agua, debajo de él.

Flaco, duro de músculos, sonriente. Tipo agradable y querible. Buen amigo. Me resigné a ser un buen perdedor.

Teníamos entonces, algo así como trece años de edad.

Los Fontana vivían entonces en un lindo chalet, frente al puente del río.

Wipy, su hermano menor, era entonces un gurrumin silencioso.

La madre de ambos, una bella mujer.

Ninona había heredado su sonrisa.

Sucedió lo terrible: Ninona fue una de las víctimas de la polio. Quedó inválida de una pierna.

Mi cariño se multiplicó. Para ayudarla, cuando comenzó a reponerse iba todas las tardes a ayudarla a caminar, poco a poco. Ella apoyada en mis hombros. Su madre me adoraba.

“Ahora ya no podré conquistar al “flaco”, me confesaba, para mi sufriente enamoramiento prematuro.

Poco a poco Ninona comenzó a caminar, algo renga, para el resto de su vida. Pero no perdió su encanto.

Amor nunca vivimos, pero nos hicimos amigos de esos que no necesitan verse para saberse.

Tengo grabados en mi recuerdo sus ojos verdosos. Su boca sonriente, pese a todo.

Nos encontrábamos en fiestas y bailes. Nos quisimos siempre, como hermanos, como primos, qué se yo, simplemente nos quisimos.

Ella siempre supo que tenía mi hombro para apoyarse, en cualquier circunstancia. Cuando el amor se convierte en amistad profunda, suceden cosas maravillosas.

Ese es mi recuerdo de Ninona.

## Un amigo rico

Cuando yo tenía aproximadamente 5 o 6 años mi padre terminó de construir el edificio de su hostería, en Rivadavia 473, de Capilla del Monte. Mis padres luchaban para mejorar la situación económica. No éramos pobres, pero recién estábamos saliendo.

Al lado había una hermosa casa, construida quizá por los años 20, con un jardín adelante que tenía una espléndida palmera.

Allí vivían los Sainz. La madre de Kiko, viuda, se había vuelto a casar con un Coseano. Su hija mayor, Nacha, se había casado con uno de los Fontaine Silva, que tenían una empresa de pompas fúnebres. (recuerdo que jugábamos a escondernos dentro de los cajones, pero esto es otra historia).

Kiko, mi vecino, era apenas un poco mayor que yo, quizá un año más. Tenía además otra hermana, llamada Bocha, que se hizo muy amiga de mi hermana.

Kiko era por entonces mi amigo rico. El día que lo conocí lo vi jugando en su jardín con cientos de soldaditos de plomo. Organizaba una gran batalla. Camiones y tanques de guerra Dinky Toys, alemanes. Réplicas perfectas que todos, todos, ambicionábamos. Camioncitos y jeeps con gomas que se cambiaban. Una locura. Cuando conocí su mundo, quedé asombrado.

Me invitó a jugar con él. Desde ese día nos hicimos inseparables por los dos o tres años que tardó en separarnos la vida escolar.

A los soldaditos y las batallas siguieron las carreritas de autitos. Construíamos con Kiko pistas enormes, con montañas de tierra incluidas.

Kiko venía de la riqueza, tenía de todo.

Un rifle de aire comprimido, simulando a un Winchester plateado, nos puso en contacto con las armas.

Coleccionábamos estampillas. Kiko tenía acceso casi ilimitado para adquirirlas, pero era generoso, las compartía conmigo.

Cuando completé mi colección la cambié por un rifle calibre 9, mi primer arma en serio, que podía matar un ratón de los grandes, que por ese tiempo eran comunes en nuestras casas, en las leñeras.

La familia Coseano tenía una lancha en el dique de Cruz del Eje, llamada Betty, en ella conocí la emoción de la pesca y disfrutar el café caliente, hecho con el agua del lago, con criollitos, en las frías mañanas del invierno, en medio del lago.

La familia Sainz se iba empobreciendo lentamente. La Bocha se casó con un descendiente de los Despontín, de la Ciudad de Córdoba. El casamiento fue fastuoso, en los jardines de la casona de los Sainz, que todavía conservaba su esplendor. Todo el

pueblo se agolpó en el cerco de la casa para ver la ceremonia y la fiesta, que transcurría en los jardines.

El Kiko se encaminó a un destino práctico, se fue a estudiar un secundario técnico, creo que en Bell Ville. A partir de ese momento solo nos veíamos de vez en cuando.

Pasaron varios años, quizá 15, o algo así. Entonces sucedió mi último y sorprendente encuentro con un Kiko ya adulto. Yo estudiaba en la Universidad, en Córdoba. Vivía en pensiones estudiantiles. En una ocasión conseguí un cuartito en la terraza de una pensión ubicada en las cercanías de la Plaza Gral. Paz. En esa terraza estaba el lavadero. Qué sorpresa increíble fue encontrarlo al Kiko allí, lavando su ropa interior. Me dijo que era un solterón empedernido; que trabajaba como visitador médico.

Obviamente era ya otra su condición social.

Pero fue grato encontrarnos. Kiko tenía sonrisa fácil, era agradable.

Charlamos un largo rato.

Creo que fue ésa la última vez que nos vimos.

Una anécdota.

Cuando andábamos por los 10 años con el Kiko vimos un diseño en Mecánica Popular: una balsa hecha con tablas sobre tres cámaras de ruedas de auto. Decidimos fabricar una para “navegar” en el Cajón del Río. Teníamos las gomas, nos faltaban las tablas. Decidimos robarnos las persianas del abandonado chalet de Villa Cielo, donde en las noches se metían las parejas. Volvimos con las persianas cuando nos interceptó un policía que con solo mirar las persianas adivinó su origen. Fuimos a parar, muy asustados, a la comisaría. Y nos quedamos sin la balsa.

Cuando varios años después Los Gatos cantaban “tengo que conseguir mucha madera”, yo sabía de qué hablaban.

Buen tipo el Kiko, espero que la vida lo haya tratado bien. Se lo merecía.

## Breves historias reales.

### La Fiesta de los Juanes

Nos contaban los mayores que a mediados de los cuarenta el pueblo era pequeño, y su cultura dominada por algunas familias tradicionales.

En la noche del 24 de junio se celebraba, en el City Bar, la Fiesta de San Juan.

Se reunían allí todos los juanes del pueblo, bebían y se divertían. A medianoche hacían una gran fogata y el juego consistía en arrojar a Juan El Sastre, que era pequeño, de un lado a otro, por encima de las llamas. Todo un rito. Nunca se quemó nadie.

Don Juan Mir, padre de Juanjo, un tipo corpulento y querible, contaba esas historias en las noches del invierno, en Nova.

## Una de Scalini

El “gringo” Scalini era un mecánico múltiple de aquella Capilla de los cincuenta. Reparaba cosas eléctricas, desde heladeras hasta arranques y encendidos de autos. Era loco por las carreras. En realidad eran dos hermanos, pero uno, el más loco.

Ya cerca de los sesenta se juntaban unos cuantos, a la hora de la siesta, en el City, a jugar cartas o dominó. Estacionaban sus autos sobre la “calle principal” (todavía no estaba techada). Scalini, en su taller disponía de un generador eléctrico potente que podía simular el chispazo de las bujías. En una de esas aburridas siestas del invierno, junto con algunos amigos, empujaron los autos para que los paragolpes se tocaran. En la punta de la fila conectó el generador a su chata y lo puso en marcha, en espera de que fueran saliendo los del bar rumbo a sus autos. Todos salían juntos al horario de abrir sus negocios.

No entendían que pasaba, cuando tocaban el auto recibían una descarga que los hacía saltar..

Las risotadas del gringo y sus amigos fue histórica.

## Otra de Scalini

El gringo tenía su chata toda desarmada, sin puertas ni techo, solo chasis motor y asientos. Estaba “preparada” para las carreras. Literalmente “volaba”. Al volante le faltaba la tuerca central, de modo que se lo podía sacar sin problemas. Cuenta que iba con un amigo, al mango, rumbo a Cruz del Eje. La chata rugía y el amigo acompañante comenzó a preocuparse. En un momento le dijo: “gringo, porque no disminuyes la velocidad?”... el gringo lo miró, le dijo: “no te gusta como manejo?” ... y sacó el volante y se lo entregó: “maneja tú”. Y largó su risotada ante el pánico del amigo.

Un poco más adelante, el amigo dijo: “gringo, mira esa rueda que nos pasa...”. Carajo!!!, es nuestra, gritó el gringo tratando de contener a la chata que ya iba derrapando...

Una noche de tantas, estábamos aburridos en el taller de motos, allá, en Balumba.

Qué podemos hacer?

Vamos hasta el cementerio.

Mirábamos los chalecitos prolijos, con su césped bien cortado, sus macetas, sus juegos de jardín...y surgió una idea divertida: Vamos a cambiar las cosas de lugar.

Y así lo hicimos, el juego de jardín de Doña Marta lo llevamos al jardín de los Rodriguez; las macetas de esta, allá, las de aquella aquí... A medida que avanzaba el increíble intercambio nos reíamos pensando lo que sería la mañana siguiente...

Inocente juego de muchachones de aquellos tiempos.

En el cementerio jugábamos a ser valientes. Saltar en plena noche el portón, llegar al centro, donde estaba la gran cruz, y sentarnos allí, en la oscuridad.

Siempre surgía alguna historia siniestra, para aumentar el temor.

Esa noche, el “cuchino” Welling, se paró de pronto y salió corriendo...se desató el pánico colectivo. Saltamos el portón y alcanzamos a cuchino ya en la ruta....

- Que te pasó?
- Mi hermano está enterrado allí, y me habló.

Nunca más repetimos ese juego.

## El otro Kiko

Me refiero ahora a Kiko Herrera.

Guitarrero, bombista y poeta.

Amigo entrañable de muchos capillenses. Entre otros, de mi cuñado Daniel y de Julio Ferrer.

Hijo insigne de la familia Herrera, hermosa conjunción de músicos, poetas y panaderos. Papá o abuelo Herrera debió ser anarquista: su panadería en Capilla se llamaba La Lucha. Y digo anarquista porque sabemos que de esa línea fue el primer sindicato nacional, que le puso los nombres simbólicos a las facturas: bombas, cañones, vigilantes, sargentos, bolas de fraile...dicen que la medialuna fue una forma de burlarse de los musulmanes. Nada de religiones, decían los anarquistas.

Buen pan y buena música eran los productos de los Herrera.

Posiblemente la más destacada es Hilda, pianista, reconocida por haber compuesto la música de la Zamba del Chaguanco, que inmortalizó Mercedes. Otras composiciones y sus interpretaciones al piano la siguen destacando.

Pero volvamos a Kiko, amigo y compañero de estudios y peñas. Casado con una amiga actual de nuestro espacio Cultural, Stella Watson, profesora, exigente lingüista, que nunca terminó de acostumbrarse a la viudez en que la dejó Kiko, hace ya varios años.

Las casas de los Herrera en Capilla eran centro de convocatorias del folclore de los sesenta: Los Trovadores, Cafrune, Mercedes, el propio Atahualpa, los Di Fulvio, y muchos más pasaron por ellas para que pudiéramos nosotros conocerlos en dichas reuniones, con tragos de buen vino y saboreando guitarreadas interminables.

Y el bombo de Kiko, acompañando a todos.

El pan de los Herrera era excepcional.

Música, pan y poesía, que hermosa combinación de vida.

Tengo aquí, en formato digital, un libro de Kiko: “Parroquia del Prado, Ñaupá Capilla.” Cargado de poemas y de relaciones autobiográficas, disponible para enviárselo a quienes lo quieran leer y tener.

Con Marina hicimos un programa radial dedicado a Kiko y a los Herrera, la copia del audio está en el archivo del El Sitio FM ([elsitiofm.com](http://elsitiofm.com)), lo pueden ubicar en las coordenadas: Programas Emitidos, Música, Literatura y Vida 1 (fue nuestro primer programa radial dedicado a Capilla); también, a comienzos de noviembre del 2016 publicamos en este muro una nota: “Los Herrera”, en la cual incluimos un poema de Kiko. La cargaremos en la página web de nuestro Espacio, para quienes quieran leerla, aún cuando algunas cosas se superponen con esta historia. Podrán encontrarla en la pestaña Interés, de nuestra página ([elsitiofm.com](http://elsitiofm.com)).

No tengo mucho más para agregar aquí. Posiblemente los amigos sumen comentarios y anécdotas. Que nos alimenten el recuerdo de su presencia.

Hasta siempre Kiko.

## Mis recuerdos del agua

En la Capilla de aquéllos años teníamos muchos sitios para disfrutar del agua veraniega.

Había varias piletas de natación.

La de Lavoratto de agua verdosa, clorada, con su hilera de vestuarios paralela a la piletta y un trampolín de mediana altura.

Allí aprendí a nadar, a los cinco años, un día que Carlitos Fumega me empujó en la zona profunda y me dijo: ahora nada. Y nadé. Carlitos era un nadador tremendo. Hacía por entonces cien largos estilo combinado mariposa y crol.

La otra piletta importante era la Municipal, a la orilla del Calabalumba. De agua fría, limpia, permanentemente renovada por una vertiente que la alimentaba. Como no usaba cloro, de tanto en tanto debían vaciarla para eliminar las algas que se formaban en sus paredes. Tenía un trampolín de dos niveles, desde el más alto competían en saltos los mejores.

Luego surgió la piletta de la Hostería Madreselvas, En esa piletta daba clases de nado el Profesor Leonetti. Era un lugar más “selecto”, que compartíamos con nuestras noviecitas adolescentes (mejor no las nombro, por las dudas). (por ahora).

También tenía una piletta privada el Hotel Pinar del Río, de la familia Font. Allí, espiando desde la cerca (yo tendría 6 años) vi a mi hermana Mebel besándose con un “amigo”, y la estuve chantajeando meses, y disfrutando su bronca.

Ella insiste que no era un amigo, era Eglé, a quien le contaba algo al oído.

Hubo luego otra piletta bella pero distante, en el Agua de los Palos, al pie de Las Gemelas, a la cual se llegaba en un trencito carretero tirado por un tractor. Allí concurrían principalmente los turistas, nosotros, rara vez.

También estaban los ríos y sus balnearios famosos y concurridos. Uno de los mejores de aquella época era el de Aguila Blanca, de aguas más tibias, aunque de fondo un poco barroso. Aguas abajo, sobre el Río Dolores, estaban las ollas del “puente de Muiño”, había ollas profundas antes y después del puente blanco por el que cruzaba el camino a San Marcos Sierra. Hoy todo tapado por las aguas de la represa El Cajón.

Justamente, por dónde ahora está la represa estaban las lagunas del Cajón del Río, su nombre era exacto, el río estaba encerrado por las paredes rocosas de un desfiladero. El mismo río sigue y pasa por Los Mogotes primero, y por Los Paredones después. Luego se encamina hacia San Marcos Sierra. En todos esos lugares vivimos aventuras de niños (inocentes) y de adolescentes (no tanto).

Tema aparte es el Río Calabalumba. Aguas arriba, al pie del Uritorco estaba la famosa cascada de La Toma. Muy concurrida, por supuesto. Subiendo un poco se llegaba a la primera cascada de las Huertas Malas, de aguas profundas y literalmente heladas y transparentes. Excepcional. Subiendo había varias cascadas más, de difícil acceso. Hasta ellas eran pocos los que llegaban.

En el Calabalumba cercano, cuando era niño, había pequeñas ollas cristalinas en la zona de los puentes. Hacíamos pequeños diques con piedras y allí nos bañábamos, Los turistas disfrutaban del agua y del espectáculo de ver pasar el coche motor por arriba del puente ferroviario.

El Calabalumba, un arroyo manso que se volvía peligroso con las brucas crecientes cuando llovía tupido en el Uritorco. Se llevaba todo. El bramido de la creciente se escuchaba nítidamente desde el pueblo, distante un par de kilómetros. Su lecho siempre

cubierto de canto rodado, de sorprendente tamaño. Eso hacía casi imposible construir represas para balnearios. Hubo varios fracasos. Parece que al final se logró hacer una represa lateral, en la zona de la pileta Municipal, no sé si todavía existe.

Son tantas las historias que me invaden, sucedidas en esos lugares, que no sé si me alcanzaría el tiempo para contarlas.

En ese tiempo se podía beber el agua del río. Además había, por todas partes, vertientes frescas y cristalinas, con agua mineralizada, exquisita.

## Laica o libre

Fue una de mis primeras luchas políticas. Yo era el vocero de los laicos. Hugo Parodi era el de los libres. Andábamos en camiones propaladores vociferando nuestras consignas por el pueblo.

Año 1958, Arturo Frondizi había ganado las elecciones con el apoyo del peronismo. Perón, desde España, había dado la orden de votarlo. Obviamente había un pacto político detrás de ese apoyo. Frondizi no lo cumplió, y la firma de los famosos contratos petroleros a favor de las multinacionales –entre otros errores- precipitó, luego, su caída.

La discusión laica o libre se planteaba entre dos posiciones vinculadas con las universidades, en medio de una gran confusión, en la cual se mezclaban otros intereses políticos, que desde nuestro idealismo juvenil no divisábamos.

No estaba en discusión si podían crearse universidades privadas, éstas ya existían. Durante el gobierno de la llamada Revolución Libertadora fue aprobado el decreto-ley 6403, que permitía la creación de universidades privadas; el artículo 28 de la norma también les facultaba para entregar títulos y diplomas académicos; sin embargo, este último aspecto estaba sujeto a la reglamentación que se dictara y el gobierno militar dispuso dejar esa decisión en manos del gobierno democrático que fuera elegido.

La sanción de este decreto incentivó la creación de nuevas universidades, y así, se crearon la Universidad del Salvador, la Universidad Católica de Córdoba y la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, entre otras instituciones educativas superiores privadas.

Frondizi dispuso dar este paso mediante la promulgación de un decreto que autorizaba a las universidades privadas –principalmente pertenecientes o vinculadas con la Iglesia Católica- otorgar títulos habilitantes. Esto generó el gran enfrentamiento que se inició en el ámbito universitario y se propagó en la enseñanza media.

Nosotros habíamos creado en el Colegio Nacional de Capilla del Monte el Club Colegial, que se puso a la cabeza de la lucha a favor de la enseñanza laica, es decir, en contra del gobierno.

Hacíamos actos y marchas por el pueblo y ocupamos el colegio varias veces, siendo finalmente desalojados por la policía y llevados los cabecillas ante la justicia federal.

El juez amenazó a nuestros padres con quitarles el derecho de patria potestad, que parecía ser una cosa grave.

La lucha se instaló en el plano parlamentario. Detrás de ella se movían aquellos ocultos intereses políticos que nosotros ignorábamos.

Se había iniciado la larga noche de Frondizi, que lo condujo a la impopularidad, pese a que en sus comienzos muchos sectores jóvenes del país se habían entusiasmado con sus propuestas de modernización, alineadas en el concepto del “desarrollismo”.

Lo cierto fue que esta lucha logró “revolucionar” a nuestro tranquilo pueblito, y posibilitó nuestras primeras experiencias de lucha política.

Las “tomas” del colegio estuvieron pobladas de anécdotas. Pasábamos las noches dentro de él (frente a la comisaría). Los policías se divertían haciéndonos bromas con simulacros de “ataques”. Los vecinos nos llevaban comida. Todo un folclore.

Finalmente Frondizi esperó el mes de febrero de 1959 -cuando los establecimientos educativos estaban en receso- para reglamentar la ley, evitando así nuevas movilizaciones. Su hermano Risieri, hombre de la izquierda, lo acusó entonces de haber abandonado el programa con el que pueblo le había votado el 23 de febrero de 1958.

La lucha “laica o libre” fue una gran batalla en todas las ciudades del país. Muchos luego la interpretaron como una “nube de humo” provocada por el propio gobierno para tapar otras medidas, principalmente económicas, que lo incomodaban frente a la opinión pública.

Sin embargo esa lucha significó, para ambos bandos en pugna, un compromiso con la realidad. Posiblemente el origen de luchas posteriores.

Fue una lucha de los sectores de la clase media. Detrás de ella sucedía otra: la represión de la clase trabajadora mediante el tenebroso Plan Conintes que llevó a la cárcel, cuando no a la muerte a numerosos dirigentes y activistas obreros.

El encuentro entre ambas luchas sucedería varios años después.

Pero eso, es otra historia.

Más triste y dura, por cierto.

## Jugando a la cultura

En los comienzos de los sesenta, el Colegio Nacional Capilla del Monte estaba cargado de energía positiva. Habíamos superado ya los desencuentros de la laica-libre y nos picaba el bichito de la cultura.

Apareció por el Banco Nación un nuevo empleado, venido de otra sucursal: Jorge Bossio, un tipo agradable, militante del Partido Comunista (quizás por eso lo mandaron a Capilla). Con su apoyo fundamos la revista Triángulo, en la cual pretendíamos exponer nuestras creaciones y divulgar cuestiones culturales. El Rotary Club puso a nuestra disposición su mimeógrafo, para la impresión.

Logramos editar un solo número.

Enterados de que Bossio era “comunista”, el Rotary nos negó seguir usando su mimeógrafo. Punto.

Pero no nos rendíamos tan fácilmente. Negociamos con A. Tortella Publicidad la sesión de 15 minutos de trasmisión por su red de altoparlantes (no recuerdo cuantos días a la

semana) para emitir el programa “Inquietudes culturales de la juventud”, con la colaboración de varios compañeros, el auspicio del Club Colegial y la locución a cargo de “balazo” Fernandez, y mía. La cortina musical era La Atardecida, por Los Fronterizos (estábamos entonces en pleno apogeo del folclore).

No recuerdo cuanto tiempo duramos en ésa, pero creo que varios meses. Lo suficiente para crear en mí un profundo amor por la radio que, por suerte, sigo practicando ahora, con El Sitio FM instalada en mi cocina comedor. Una antena en el techo me permite abarcar todo Paravachasca y online, por internet, todo el planeta. Cada vez más chico el planeta...Lo notaron?

“Balazo” murió hace muchos años. Por mediados de los 90 conocí a su esposa, apenas me contó la historia. Para ella y su familia, un abrazo del amigo que no olvida aquellos ojos celestes de “balazo” y su carácter y decisión para participar en las causas de aquellos tiempos.

El apodo se lo pusimos en el equipo de basket, porque por momentos era un poco pausado. Pero jugaba bien.

La tercera es la vencida.

De sobre pique creamos un teatro vocacional, con César “pichín” Carducci a la cabeza. Pichín era por entonces abogado pero además dirigía “La Comedia Cordobesa”, una de las movidas históricas más fuertes del teatro de la Ciudad de Córdoba.

Ese era nuestro Director. Logramos representar dos obras: “Los de la mesa 10”, de Osvaldo Dragún, y “William Wilson”, de Edgar Alan Poe. En la primera trabajaban en los papeles estelares Anie Rodriguez (del Palacio de las Piedras) y un hijo de Gonzalez, el herrero, del cual no recuerdo su nombre. Pero lo cierto es que el protagonista se enamoró en serio de la actriz, de modo que las escenas tenían un realismo genial. En la segunda me tocó ser la parte buena de William Wilson, mientras que el Chiti Montañez representaba la mala. La doncella en disputa era Mirta Defilpo, con quien en la vida real yo tenía una de esas disputas amor odio características de la edad. En una escena yo aparecía y le decía: “porque yo la he querido siempre, y Ud. nunca lo supo...”, y en los ensayos no podíamos evitar la risotada. Pero en el estreno no fallamos.

Creo recordar que hubo una tercera obra, pero no la tengo precisa.

Me contaron que Mirta, luego de actuar, escribir, cantar y convivir con Lito Nebia, murió, no sé en qué circunstancias.

Con Anie nos encontramos varias veces, en Córdoba, cuando éramos estudiantes universitarios revoltosos. Y luego siendo ella médica, cuando trabajaba en el Hospital Infantil de Alta Córdoba. Del Chiti, a quien siempre quise un montón, no supe nada.

Pichín, como abogado, se presentó por mí el día que me detuvieron en el 71, luego fue diputado provincial por el radicalismo. Un gran y hermoso tipo. Volverá a aparecer en otras historias, más adelante, cuando recordemos a Romilio Rivero, uno de los sobresalientes de aquel, nuestro pueblito. Y también cuando hablemos largo sobre Monir Addur, un verdadero referente de aquellos tiempos.

## Romilio Rivero

“¡Taaaatuuuu...!” Se escuchaba retumbar la voz de Selia, su mamá, cuando lo buscaba por el pueblo.

El Tatu Rivero andaba por ahí, papel y lápiz dibujando portentosos recuerdos.  
Nació y vivía solo con su mamá en un miserable ranchito en la callejuela que bordeaba el costado oeste de Villa Firma, en el viejo camino a Los Mogotes.  
En la esquina había una canilla pública que abastecía de agua a ese barrio humilde, muy humilde.  
Allí creció el Tatu, asombrando a los turistas con sus dibujos en la arena, por los cuales le daban algunas monedas.  
Logró hacer la primaria, y comenzar el secundario en el colegio comercial de la Cumbre (el único cercano en ese entonces) al cual concurrían todos los días, en ómnibus, junto con mi hermana Mebel y otros amigos. Probablemente no lo haya concluido.

Algún día el arte se lo llevó del pueblo. El grito de Selia fue cada día más distante. El Tatu, ganado por la pintura vagaba, náufrago, por otros cielos.  
Pertenece a una generación anterior a la nuestra, admirábamos su arte.

La última vez que lo vi fue en los sesenta, en una visita, acompañando a Monir Addur y a Pichín Carducci. Vivía en la bohardilla del Teatro Libertador, que en ese tiempo se llamaba Rivera Indarte, de la Ciudad de Córdoba.

Esa vivienda se la había otorgado el Gobernador Zanichelli, al comprobar que estaba en la total miseria, menos digna incluso, que la que había conocido en su infancia.  
Allí vivía entonces, ya iniciando su decadencia, sumido en el alcohol y en sus propias alucinaciones, junto con su compañera Susana Sumer.  
Nos recibió con alegría, nos hizo recorrer sus dependencias (todo el teatro, en sombras), nos fue presentando a los fantasmas residentes que lo acompañaban y celebramos con un vaso de vino compartido.  
Todavía su rostro tenía alegría, no estaban presentes los estragos que algunos años después preanunciarían su final

Murió joven. Tenía 41 años. El 3 de diciembre de 1974 escuchó por última vez el grito de su madre que los llamaba: “¡Taaaatuuuuu...!”

Y esta vez, acudió a su encuentro.

Dejó muchas obras, dispersas, por aquí y por allá.

Y un recuerdo indefinido en Capilla del Monte, mezclado con otros héroes del pasado, otro Rivero, el “puma”, que fue campeón de box, y Santucho, con su record de permanencia arriba de una bicicleta. Otras historias, por supuesto.

## Los amores extraviados

Era tan corto el verano, y tan largo el invierno, que los amores se extraviaban.  
Los del verano se perdían en el otoño. Los del invierno comenzaban a distraerse pasada la primavera.  
Todos, entonces, tuvimos que vivir muchos amores. Porque se extraviaban, y era imposible reencontrarlos.

Cada cual tiene el recuerdo de los nombres y los rostros. Las sensaciones. El primero y el último beso. La última mirada tras una ventanilla que partía en el otoño. O la que nacía por mayo, en esas tardes frías de la Diagonal, un ratito antes del oscurecer.

Puedo recordar los rostros que me acompañaron. Puedo repetir en silencio los nombres, tratando de no alterar los ordenamientos posteriores. Porque en esos tiempos estrechos que los amores disponían, en verano o en invierno, debían luego, como los naipes de los solitarios, reacomodar las figuras que formaban.

Y no es cuestión de ponerse triste o melancólico.

Los que saben, piensan y dicen que los amores no pueden ser eternos. Que nacen y crecen con una pequeña distancia adentro, que el tiempo luego agranda para que, como las plantas y las flores, renueven su aroma en las estaciones propicias.

Muy pocos sobreviven y perduran, empecinados, venciendo obstáculos. Como las siempre verdes.

Uno guarda el recuerdo de cada flor aspirada, disfruta sus colores imborrables.

Sin compararlos, porque todos los amores son y han sido diferentes. Algunos, posiblemente, se adueñan de una parte más intensa del recuerdo, pero todos, todos sobreviven al tiempo, que no logra quitarlos del camino.

Uno puede, una tarde cualquiera, repasar su vida, sus desafíos y fracasos. Uno puede tratar de poner en la mira otros aspectos de la vida. Trabajos. Pequeñas o grandes cosas construidas. Paisajes de lugares remotos visitados. Templos y monumentos con renombre universal. Acantilados por donde corren ríos rumorosos. El Urubamba, allá, debajo del Machu Pichu. El serpenteante Po que, dicen, fue el diseñador de las vides. O el mismísimo Sena, con sus puentes y rincones dónde se encontraban, sin cita previa, la Maga y Oliveira para celebrar las coincidencias, según Cortázar.

Pienso en la Maga y Oliveira y un nombre, un solo nombre, invade mi memoria. Sonríe y lo silencio. Es un secreto. Un imposible que quedó como una espina especial. Clavada allá, posiblemente atravesándonos a los dos, que pretendemos ser, obligadamente, inmemoriosos.

Alguna vez dolió. Pero ya no duele. Solo está. Y es bueno saberlo. Decirlo.

Fueron numerosos los caminos que la vida nos hizo recorrer, siempre escapando del pasado. Siempre apuntando a un futuro indeciso y a veces traicionero. Siempre alejándose de lo joven, nunca regresando. Una lógica infernal para reclamarle a la supuesta perfección de los dioses.

Pero, dicen, los que saben, que existe un rinconcito en el alma universal, cálido y florido, silencioso, donde habitan todos los amores extraviados.

Posiblemente allí nos reencontremos, algún día. Posiblemente.

## Monir Addur

Un personaje querible y querido de nuestro tiempo. Era nuestro amigo y maestro. Con él aprendíamos matemáticas, física y astronomía. Hablaba de los griegos y egipcios como si hubiera vivido con ellos, en tiempos de los imperios. Nos enseñó a mirar el cielo. A reconocer las constelaciones. A soñar con viajar por el espacio infinito. A disfrutar de las novelas de ciencia ficción.

Yo le debo mi carrera profesional, por dos motivos. Porque logró enseñarme el álgebra que no aprendí en el secundario. Y porque cuando andaba a la deriva, indeciso entre ser médico, abogado o astronauta, me señaló el rumbo de la ciencia. Y eso me trajo hasta aquí.

El no pudo recorrer ese camino porque era un espíritu demasiado libre para aceptar ordenarse en un esquema. Un náufrago libre, defendiendo esa condición por sobre las pequeñas o grandes ambiciones de la vida.

Horas y horas, en las que hablábamos de todo. Del Sol y de la Luna, de la vida y de la muerte.

Recuerdo la última vez que hablé con él.

Fue en los ochenta y pico. Yo vivía en Venezuela. Ya había sucedido el fenómeno ovni en Capilla. En un viaje relámpago que hice fui un día a dar una vuelta por Capilla, creo que con mi hermana. Lo vi caminando y me bajé del auto a saludarlo. Un abrazo. Las preguntas de rigor, cómo estás?, que haces?

Decidí hacerle la pregunta que tenía atragantado. Dime Monir, esta historia de los ovnis, fue cierta o fue una jugarreta de promoción turística?

Me miro con la calma de siempre y me dijo: hace un tiempo vino un maestro de la India. Fuimos varios con él a Los Terrones. Una vez allá nos enfiló a todos como mirando el Uritorco y nos dijo: cierren los ojos. Al cabo de un rato dijo: Miren!! Todos vimos la ciudad sumergida en las entrañas del cerro...luminosa, radiante, imponente... allí están todos los secretos del hombre y de la vida...

Yo sabía que no me mentía, Monir nunca mentía. Supe que él había visto esa ciudad. Y no pregunté nada más. Hay cosas que no pueden ser explicadas.

Cuando me enteré de su absurda muerte no podía ni quería creerlo. Monir era un ser especial, creo que ni siquiera envejecía. Siempre estaba igual. Un pantalón. Una camisa. Un sweater gris o marrón. Y su cálida sonrisa. Su idioma extraño, ajeno a toda sexualidad. De él no se enamoraban mujeres ni hombres, pero todos lo amábamos. Monir estaba mucho más allá de los sentimientos o pasiones humanas.

Me gusta pensarlo como un naufrago libre pero surcando ahora los espacios que se encuentran mucho más allá de la lógica y de los convencionalismos.

Seguro que anda ahora por allí, porque ése y no otro, era su espacio.

Pienso que cuando estaba con nosotros simulaba normalidad para no quedar segregado, pero seguramente su mirada llegaba con facilidad a los rincones que nosotros ni siquiera imaginábamos. Y por allí andaba, explorando, mientras coreaba la zamba que estábamos cantando todos.

Un maestro. Un amigo. Un gran tipo. Posiblemente el más inteligente que haya conocido en mi vida. Una pena que se haya ido tan temprano.

Donde estés. Te saludo con el mejor de los cariños.

## Promoción 61

Éramos jóvenes y estudiantes. Dos cosas maravillosas. Terminábamos nuestro quinto año del bachillerato en el Colegio Nacional Capilla del Monte.

Allí estábamos, en la cena de egresados, los doce que nos recibimos ese año.

Ellas: Maria Esther Reynoso, Norma Coseano; Marina Salvático; Mirta De Filpo y Margarita Ríos. Nosotros: Juanjo Mir, Omar Arroyo; Carlos Perotti; Miguel Ángel Pidoux; Julio Ferrer; Roberto Carletti y yo. Hermoso y unido grupo.

Ese último año fue excepcional, repleto de anécdotas y recuerdos. Queríamos terminar, pero ya sentíamos, anticipada, la nostalgia.

Teníamos planes y proyectos, amores indefinidos o inconclusos; muchas ganas de vivir. Y la presunta pena anticipada, por partir.

En la segunda foto están presentes la Profesora Ema Miller y nuestra Preceptora preferida: Porota Céspedes. Porota era hermosa y querible, creo que todos los varones estábamos enamorados de ella de algún modo especial. Teníamos confianza con ella, le declarábamos nuestro amor y ella se reía y divertía con nuestras ocurrencias. Creo que también nos amaba.

Ese último año recuerdo haberlo disfrutado como se trata de disfrutar las cosas que sabemos que terminan. Como presintiendo la inevitable diáspora que dará comienzo a los caminos diferentes.

La mayoría nos juntábamos todas las mañanas en la casa de Esther a estudiar lo mínimo posible y necesario para salir airosos. Ayer, justamente, Wipy publicó una foto de Carlitos Perotti luciendo –actualmente– como un atleta del ciclismo brasileño. Quedé sorprendido y admirado. En aquellos tiempos Carlitos era un destacado, posiblemente el más inteligente del grupo. Lo llamábamos “Pardal”, por los inventos. Siempre andaba construyendo algo, desde una guitarra eléctrica con teclado hasta un simulador de transmisión radial con el cual conseguimos convencer a la Piru Briguera que había un paro docente y generamos un feriado, que casi nos cuesta la expulsión.

Ni hablar de cuando con el mismo aparatito convencieron a Rodríguez Galoz (padre) que habían aterrizado marcianos en Salta, que había una feroz guerra, y el confundido padre salió corriendo a citar una reunión urgente del Rotary Club para organizar la resistencia. Posiblemente Uds. no lo crean, pero esto es cierto. Sucedió.

Finalmente, con el aparatito quisimos joder al profesor Lalo Hurovich, instalando parlantitos ocultos en el laboratorio de química emitiendo sonidos extraños. Pero Lalo sospechó que en algo andábamos y se hizo el sordo.

El deporte de ese quinto año fueron las chupinas. Todos terminamos con el máximo de faltas permitidas. Salvo Pidoux, que las duplicó, y su padre, que era el pastor evangelista, logró convencer al Rector para que lo reincorporen.

Las chupinas tenían diferentes destinos: las ollas del Río Dolores, detrás de la Tapera de Muiño o en la cumbre del Uritorco desde donde con un catalejo mirábamos las filas del colegio sin nosotros. Nos hicimos adictos a las chupinas.

Mis compañeros más cercanos eran Juanjo Mir y Miguel Angel Pidoux. Con Juanjo y con Carletti, nos fuimos juntos a estudiar a la universidad de Córdoba y seguimos juntos varios años más, hasta que Juanjo, que nunca pudo vivir sin Capilla resolvió su regreso definitivo, y creó uno de los boliches más pop del pueblo: Nova, del cual hablaremos en otra nota.

Miguel Angel ingresó al Banco Nación y logró casarse con uno de sus “amores imposibles”, Vera Stojanoff, con la cual tuve la suerte de contactarme hace un par de años. Ella vivía aquí cerca, en Anisacate, y leía nuestras publicaciones. Alguien me dijo que hace un tiempito murió. Miguel había muerto ya hace muchos años, pero un tiempo antes tuvimos un encuentro casual, en Córdoba, donde feliz me contó su amor con Vera, y que vivían en Alta Gracia. Nunca más nos vimos.

Con Julio Ferrer fuimos amigos y vecinos en Córdoba en los años duros. Le tocó salvar algunas cosas de mi casa cuando fuimos detenidos y allanados. Luego supe que se había ido a vivir a un lugar lejano. Murió, me dicen, tratando de resolver una tristeza.

Mirta Defilpo se unió al arte musical y a Lito Nebia, hizo cosas, dicen que muchas de las letras de Lito las escribió ella. Luego le perdí el rastro. Me dijeron que también murió.

Con Marina nos reencontramos hace un tiempo y estamos haciendo juntos un programa radial en mi emisora FM. En sucesivas emisiones recorrimos varias historias de Capilla, ayudados por Susana Lionetti que aceptó ser reportera regional.

Margarita Ríos me escribió cosas lindas hace unos días. Siempre fue alegre y encantadora.

También tuve noticias directas de Esther, silenciosa y sagaz.

Juanjo, cuando se fue, me dejó una tristeza que conservo.

Roberto Carletti a quien siempre le gustó ser “misterioso” terminó sus días también de modo misterioso. Me llegaron versiones diferentes sobre su final.

De Arroyo no sabemos nada. De Norma me pareció tener noticias hace un tiempo, pero no lo recuerdo bien.

Esto fue solo un reflejo, de aquella Promoción 61.

## Dos historias de discriminación

Esta primera historia pertenece a nuestra etapa infantil, entre los ocho y los diez años.

Lo llamábamos “el marciano”, era cabezón, muy cabezón, seguramente producto de alguna enfermedad tipo hidrocefalia. Como consecuencia de ella tenía el cuerpo proporcionalmente pequeño y pies enormes, que movía con cierta dificultad, lo cual le impedía alcanzarnos.

Sus ojos también eran grandes y un poco bizco, en esa enorme cabeza, impresionaban. Su pelo tendía al rubio. Así lo recuerdo.

Nuestro juego cruel era gritarle cosas hasta hacerlo enojar y que nos corriera con una especie de bastón que siempre llevaba.

Un terrible juego inhumano de la infancia.

Vivía, creo, por la calle Salta, pasando la ruta. No le conocíamos familia.

El juego macabro y tristemente discriminatorio duró quizá uno o dos años. En ese tiempo crecimos.

Un buen día lo vi venir de frente. Vi que apretaba su mano sobre el bastón. Calma, le dije: quiero ser tu amigo. Me miró desconcertado, se acerco casi llorando y me dijo: yo siempre quise ser amigo de Uds., no tengo amigos.

Es que somos unos miserables, le dije. Y nos sentamos a conversar, en un banco de la plaza. Me dijo su nombre, que no recuerdo y me contó de su enfermedad y de la certeza de que moriría joven. Así se lo habían explicado.

Le dije, mañana, aquí mismo, estaremos todos, para pedirte perdón.

Y así fue. El recobró su corta alegría, t nosotros recuperamos la humanidad que habíamos extraviado.

.....

La segunda historia pertenece a la adolescencia temprana.

Había llegado –no recuerdo de dónde- junto a dos hermanas menores y sus padres. Vivían enfrente de mi casa, en un pasillo existente entre la hostería El Inglés de los Palos y la “Ferretería Del Pueblo”. Su apellido era Gaidú. Su nombre no lo recuerdo. No era linda pero tenía dos pechos grandes, redondos y perfectos. La bautizamos “Tetitas Bill”, y así la llamábamos. En poco tiempo se convirtió en uno de los símbolos sexuales de la adolescencia de Capilla. (Para algunos mayores adultos, también).

Ella, conocedora de lo que tenía y de lo que provocaba en esos adolescentes calontones que éramos, caminaba sola por las calles, siempre seguida por una caravana sedienta por alcanzarla y, por lo menos, tocarla.

Ella vivías defendiéndose de los manotazos obscenos de la manada.

Miles de anécdotas se pueden contar, seguramente algunas surgirán en los comentarios que Uds. agregarán. Y seguramente alguno de Uds. recordará su nombre real.

Tetitas Bill tuvo un romance con el único tipo que creo supo apreciarla, respetarla y posiblemente conseguirla. El Flaco González (gonzalito), el mismo héroe amigo que mencioné en la historia de Ninona.

Ella lo adoraba. El Flaco logró que fuera ella la que lo siguiera a él. Una verdadera proeza.

Creo que asistió un tiempo al colegio. Por lo menos, creo recordarla con guardapolvo blanco.

Hasta aquí llega mi memoria.

Creo que un día, como llegó, se fue.

Y doy fe que es una historia cierta, y vergonzante, vista desde estos tiempos actuales, de respeto por las cuestiones de género.

Pero, puedo asegurarles, que el apodo que le pusimos, no era agravante, sino cariñoso.

## El comienzo de la infancia

Yo tenía cuatro años. Mi hermana diez.

Mi abuelo José Esteban y mi abuela Dolores Vásquez, padre y madre de mi madre, jubilado él del ferrocarril, decidieron hacerse una casita en Capilla del Monte. Compraron un terreno en la calle Intendente Lorenzi, bien arriba, frente a la casa de los Bracamonte (buena gente) y construyeron La Mascota. Así se llamaba la primera casa de mis abuelos.

Un verano lo pasamos allí, con mis padres.

Al año siguiente mi padre alquiló una casa sobre la calle Rivadavia, al lado del Hotel Los Pinos, a pocos metros del almacén de los Jarmi. Enfrente estaba la vieja usina; a media cuadra, sobre San Luis vivían los Casani. Mis primeros amigos de la infancia fueron el Beto Jarmi y el Coquito Casani. Otro chico que vivía allí cerca, por San Luis, de apellido Ávila, compañero de la primaria, fue quien me contagió el amor por los pájaros.

Luego fueron surgiendo otros amigos: los Ghigi, de la carpintería; Gustavo Armando de la Hostería Alta Italia; Caraciolo, de la calle Salta; el “negro” Reyna, de la calle Corrientes, cuya madre cuidaba esa casa y trabajaba de empleada a domicilio solo para criar a ese hijo que adoraba. Creo que ella se llamaba Margarita, y también trabajó en nuestra casa. Lavando y planchando la ropa de cama de la hostería.

En aquella primera casa mi padre fundó la Hostería Lanús. De allá veníamos. Yo nací en Lanús, en una casa ubicada en Miguel Cané 219 la cual reconocí, igual a la que recordaba mi memoria, treinta años después, buscando mi origen.

En ese breve entorno integrado por Lanús, Remedios de Escalada y Avellaneda, vivían todos los descendientes de la familia Esteban. También la rama de los Debandi. Mi tía Tina Debandi vivía a la vuelta de aquella casa de Miguel Cané. A mi tía Tina debo agradecerle cuando, en tiempos de zozobra, en los setenta, me entregó todos los datos y papeles que me permitieron recuperar la nacionalidad italiana, cuando debimos partir, como mis antepasados, en busca de un nuevo país.

Volvamos a la hostería. Era la primera época del primer gobierno de Perón, los trenes desbordaban de turistas llegando a Capilla. Mi padre pudo comprar un terreno, en Rivadavia 473 y construir allí la Hostería Lanús, ya permanente. Y mantener a la otra casa como anexo.

La hostería llegó a tener dos plantas y un departamento familiar al fondo, con dos habitaciones y una galería. Hacia el costado izquierdo, al fondo, estaba el “galponcito” (donde se guardaban trastos) y la leñera. Más adelante seguía un horno de pan, redondo, de barro, especialidad de mi padre. Allí se hacían los chivitos y las pizzas. Hacia el otro costado, adelante del departamento estaba el lavadero, en el cual había instalado un calefón Sosa, a leña.

Un patio con parral y juegos para niños completaban la escena.

El edificio de la hostería, estaba adelante, tenía cuatro habitaciones arriba y cinco abajo. Un patio grande que se cerraba con un toldo corredizo. En ese patio se hacían las cenas de Navidad y Año Nuevo. A un costado, la cocina, en la cual cocinaba mi padre con la

ayuda de Nélide, una empleada. Y al lado, separado por un pasillo, el comedor, con unas doce mesas.

Todos colaborábamos en las tareas del verano. Mi hermana servía la comida a los turistas, mi madre se encargaba de toda la logística de las habitaciones; yo, que era pequeño, tenía la responsabilidad de recoger los envases y hacer los mandados de último momento. Mi padre, a la mañana temprano, con una cesta de mimbre hacía las compras principales en el mercado, a media cuadra.

En el patio había un lugar mágico, lo llamábamos “debajo de la escalera” . Eso era, el hueco que dejaba la escalera, pero allí estaba la despensa con todas las tentaciones que se podían imaginar: salamines, quesos, dulces, aceitunas, en fin, todo. Tenía una puerta cuya llave la guardaba mi padre, pero nosotros nos hicimos una copia secreta.

A la noche, antes de acostarnos, debíamos dejar listas las mesas para el desayuno.

Café con leche, tostadas y facturas para los cerca de cincuenta visitantes permanentes que teníamos entre fines de diciembre y finales de marzo. Almuerzo y cena. Se trabajaba mucho.

Tres meses duraba la temporada en esos años. Luego, en abril, venían los “mieleros”, parejas recién casadas. Y en octubre, los jubilados, viejos habitués que les gustaba ese clima y las tarifas reducidas de esa época del año. Las vacaciones de invierno eran cortas, pero ayudaban.

El gran error de la vida de mi padre fue vender esa hostería.

Porque ése era el negocio que él sabía manejar. Allí estaba su oficio de cocinero excelente. Oficio que aprendí de mirón, nomás. Yo escuchaba las instrucciones que mi padre le daba a Nélide y grababa en la memoria. Muchos años después supe que sabía cocinar todos los platos que hacía mi padre. Todavía me gusta cocinar. Hacerlos, y recordarlo.

La venta de la hostería dió comienzo al desbarranque económico familiar, que no se detuvo. Recorrió una cadena de malas decisiones propias y dificultad cultural para comprender las nuevas realidades que se vivían.

Yo por entonces estaba estudiando en Córdoba, distraído en mis asuntos. Cuando supe que todo se venía abajo, dejé todo y volví para tratar de atajar el desastre, pero ya era tarde. Mi padre logró recomponerse –a medias- mediante una voluntad infinita que le permitía conformarse con cosas simples. Mi madre quedó herida para siempre, aunque vivió hasta los 94 años. Murió contándome, durante una semana, en la clínica, toda su historia. A sus cenizas las esparcí en un jardincito de la nueva Universidad de Lanús, su querencia. Mi padre había muerto mucho antes, en el 78, en Córdoba, por un derrame cerebral. Sus cenizas quedaron bajo un arbolito, en una casa que mi hermana tuvo en Salsipuedes.

En ese marco transcurrió gran parte de mi infancia.

Cosas de la vida.

## César “Pichín” Carducci

Nacido en Buenos Aires, creció en Capilla del Monte.

Sus padres tenían la Hostería Las Madreselvas, a un par de cuadras de la estación ferroviaria, como subiendo hacia el convento de las monjas.

En una nota anterior mencionamos la pileta –pequeña y cálida- de esa hostería, en la cual por las mañanas el Profesor Lionetti enseñaba a nadar a los niños. Nosotros éramos los habitués de las tardes.

Pichín nos llevaba algunos años. Yo realmente lo conocí más en Córdoba, cuando fui a estudiar.

En ese tiempo alquilaban, junto con Lito Massa, Alberto Salvático, Monir Addur y otro amigo (creo que de apellido Delgado) un departamento en la calle David Luque, en Barrio General Paz. Eran estudiantes avanzados. Pagaban sus gastos fabricando bolsitas de plástico, con una maquinita eléctrica que las sellaba. Era el comienzo del envase en plástico.

Juanjo Mir, Roberto Carletti y yo vivíamos a pocas cuadras de allí, solíamos visitarlos y tomar mate, mientras ayudábamos a hacer bolsitas.

Pichín tuvo muchas actividades exitosas: actor, abogado, político, dirigente sindical y deportivo, representante de la provincia ante el Instituto Nacional de Teatro, miembro del elenco fundacional de La Comedia Cordobesa.

Su alma estaba atrapada por el teatro y por las causas justas. Fundó el teatro Arlequín, donde hizo sus primeras armas en la dirección. Luego, creó El Pequeño Teatro de Córdoba y, más tarde, el Teatro de Grupo, uno de los pioneros en transitar la creación colectiva y trabajar en los barrios.

A finales de los 80' fue electo Diputado Provincial por el peronismo.

Pichín murió joven, tenía 65 años, su amiga en el arte, Aida Bortnik dijo entonces:

“...tenía ojos de marinero, oídos de cazador, no hay sueño que no vea, ni ilusión sin eco en su generoso corazón...” ...” solíamos brindar, por la caída de una tiranía, por la cárcel para un tirano, por los cumpleaños de los hijos, por los amores, por los libros, por alguien que no nos conoce y nos ha dado alegría, por la amistad, porque no hay motivo para no brindar si estamos juntos, Y nos reímos tanto. De nosotros, uno por uno, de nosotros argentinos, casi todos los millones. Brindamos incluso por las diferencias entre el mundo que queríamos y el que logramos.”

Recuperé esas palabras de Aida porque entiendo que Pichín perteneció más a ese mundo que lo aceptó como cofundador que al nuestro, ese universo pueblerino que habitábamos sin comprender mucho las cosas trascendentes que en esos tiempos se cocinaban en las metrópolis.

Pero siempre volvía al pueblo, a darnos un empujón cultural, a ayudarnos con aquel teatro que tanto bien nos hizo, y a sumar su risa estruendosa en las charlas nocturnas en el City, junto a muchos amigos que hoy lo recordamos.

Pichín, un personaje emblemático, amable y querible, de nuestro pueblo.

## Nuestros maestros y profesores

Es justicia sincera recordar a nuestros maestros y profesores. El femenino está implícito, por supuesto, como todavía lo dice la Real Academia.

No es fácil elegir un nombre y un recuerdo por dónde comenzar. Quizá fue mi maestra de sexto grado, la Sra. De Saint Genez a quién recuerdo por su enseñanza; y a Teresita Bandini por su belleza y mirada penetrante. La Srta Molly nos enseñó a escribir, y la Piru Briguera (una enemiga a temer) con su sarcasmo nos dio, sin que nos diéramos cuenta las primeras clases de educación sexual, el día que el loco Gallo se masturbó en el aula, y la Piru, designada investigadora del hecho nos obligaba a describirlo en sus detalles. Nosotros le inventábamos fantasías adicionales para joderla.

El maestro Almada, por supuesto, padre de Huguito, era el único maestro masculino en la primaria de entonces. Un tipo quizá culto, silencioso y buen bebedor, a veces se traía la resaca con él.

Entrábamos con helada y todo a las 8.00, sin estufas, con bufanda y guantes en el aula, mate cocido bien caliente a las diez, con criollitos, era el recreo largo, para jugar al vigíl y romper los guardapolvos blancos. En el cerco los vendedores nos ofrecían pururú, y en la época, mistoles o coquitos.

Los recuerdos de la secundaria son más nítidos. La Tere Bandini seguía hermosa y nos enseñaba zoología. Sus piernas nos gustaban más que los bichitos. La Piru Briguera era la torturadora de las matemáticas. Miss Lafitte no lograba que avanzáramos una pizca con el inglés, pero la pasábamos bien con ella.

La Sra de Jaime nos trataba de enseñar –infructuosamente- el solfeo y hacer cantar al compás de su piano algo desafinado. La Sra. De Onto, nos daba castellano, y era madre, además, de nuestra amiga Analía, Mamá Onto era una enamorada de nuestros amores, que propiciaba y nos defendía como una gallina a sus pollitos. En su casa protectora comenzaron y terminaron muchos amoríos...verdad Petty?

Ademar Lionetti nos enseñaba a ser machitos y no andar con vueltas. Marino rígido pero generoso que había que tener cuidado cuando se ponía serio. Profe en el cole y árbitro en el basket, nos tenía a raya en ambos frentes. No había entonces bulling que valga, cuando se armaba la rosca, Lionetti venía con los guantes de boxeo –para que no nos lastimáramos- hacía el círculo y disolvía las broncas, a golpes leales, para que no duraran. Lo lograba.

El “loco” Pugliese dirigía los trabajos manuales y era un cómplice implícito de nuestras fechorías cuando nos encontraba fumando en el baño. Jetón y simpático, lo queríamos, lo apodábamos “fantoche”. A la medida. Su esposa, profesora, era la contracara en seriedad formal. Sus hijas, amigas y compañeras nuestras, bellas y sensuales, maltrataron algunos corazones. Yo me salvé de esas tentaciones.

La Guti Oviedo, cuyo corazón nos resultaba indescifrable, nos daba dibujo, además de coordinar a las bellas preceptoras, que eran blanco directo de nuestros piropos e infructuosos avances.

La Sra. De Pons nos daba educación democrática. A mí me perseguía por peronista, porque me negaba a llamar a Perón el “dictador depuesto”, “el tirano prófugo” o términos equivalentes. Pero no se ensañaba mucho, su esposo, el “gordo” Pons era diputado por la UCRI y no podían hacerse mucho los locos con los peronistas. Eran épocas de Frondizi y voto en blanco.

El cura Hanselich, un personaje querible. Nos daba Lógica y Filosofía. Había sido perseguido por los comunistas en Hungría y los odiaba. Nosotros usábamos lenguaje bolchevique para provocar discusiones...excelentes discusiones en las que aprendíamos mucho. Yo ya era agnóstico pero admiraba al cura Hanselich. Una vez fui a visitarlo al convento en Dolores (cerca de San Esteban) y él estaba colocando ladrillos, arriba de una tapia, yo abajo, hablábamos de filosofía... yo sentía su aprecio, siempre tuve diez de promedio en sus materias.

El "Tío" Savasta era un personaje inefable. Buen arquitecto y mal profe de física. No le gustaba mucho la cosa, entraba y decía, a ver quién da la clase hoy? Casi siempre me tocaba, pero el tema mío en ese momento era la astronomía, de modo que de eso hablábamos.

El Dr. Galatoire de quien ya hablé en notas anteriores, nos daba anatomía y literatura. Siempre lograba una combinación armoniosa entre esas dos cosas: el cuerpo y el alma. Actuaba con el desprejuicio de los franceses de la bella época. Le apasionaba ponernos incómodos profundizando temas sexuales en nuestras aulas mixtas. Lo queríamos. Cuando nos recibimos, en el brindis, nos hizo arrojar las copas ya vacías de champagne hacia atrás, al mejor estilo francés. Alguien tuvo que pagar las copas al Hotel Montecassino, donde aconteció la cena.

Galatoire fue el primero en hacerme escribir una monografía, la recuerdo bien, se trataba de la vida y obra del primer poeta argentino: Luis de Tejeda, famoso por su verso agresivo: "Córdoba la salamanquina, gloria y honor de la raza, una iglesia en cada esquina, y una puta en cada casa...". A don Adolfo le encantaba que fuéramos transgresores. Como él mismo lo era.

Hay muchos recuerdos, pero termino aquí, con Lalo Hurovich, posiblemente el destacado en la docencia. Logró enseñarnos química. Logró que nos guste la química. Es más, toda la química que tuve que aprender en mi vida se la debo a Lalo. Nos dibujó la valencia de los elementos en los dedos de la mano, y no se me borraron nunca más.

Si en aquel entonces hubiéramos hecho un concurso de profes, Lalo lo ganaba.

Quedaron muchos nombres sin mencionar, la "Tía" Cira (o Sira?); la Sra. De Zanni (madre de los mellizos) que acompañaba en la dirección a don Hurovich (padre); Ema Miller, con su mirada provinciana; López Barreiro que no podía lograr que nos interesara la contabilidad; en fin, muchos nombres, y montones de anécdotas..

Buenos recuerdos de la escuela General San Martín en la primaria, y del Colegio Nacional Capilla del Monte en la secundaria.

## Intento espacial

Estábamos terminando cuarto año del bachillerato.

Yo quería ser astronauta. No se me ocurría nada mejor frente al mundo que se insinuaba. El ruso Yuri Gagarín acababa de dar su vuelta al planeta.

Se podía soñar con otra cosa a los dieciocho años?

Con Raúl “Patón” Sarmiento nos inscribimos en la Escuela de Aviación Militar, en Córdoba. Había que superar exigentes exámenes físicos e intelectuales para poder ingresar. Los superamos. Nos aceptaron “aptos para volar”.

Durante las pruebas físicas tuve un aviso que no supe escuchar. Estaba trepando por una soga de 6 mts., al llegar arriba debía soltar una mano y golpear la barra superior. Cuando solté la mano, la otra se deslizó. En mi intento de frenarla me arranqué la piel de manos y dedos, cuando caí, los apoyé en la arena.

Completé los exámenes con las dos manos vendadas.

Pero lo logramos.

Éramos 800 aspirantes a cadetes. La estadística decía que tenían que quedar solo los 200 mejores (o sobrevivientes). Para tal selección apelaron a someternos a condiciones extremas. Yo solo duré un mes; Raúl llegó a tres meses. Desistió cuando otros dos aspirantes murieron por exceso de fatiga.

La vida nos había enviado un segundo mensaje. Esta vez lo escuchamos.

Lo que sería nuestra promoción futura (4 años después) fue la protagonista del famoso avión TC 48 desaparecido en el Caribe, con todos sus ocupantes. Buscado durante años por sus familiares. Allí viajaba el 50% de la promoción, el resto iba en otro avión similar, que llegó a destino... Cuál nos hubiera tocado?

Durante esa breve estadía en la EAM supe que no me gustaba el “orden” militar.

Y menos aún que gobernara el país.

Algo bueno sucedió. Allí nos conocimos con “Piquino” Tregnaghi, quien también fracasó y que luego lo reencontré mágicamente siendo él compañero de Polo Massa estudiando medicina. Con Polo y otros, compartíamos un departamento estudiantil en Alta Córdoba.

Años después, Piquino, ya médico en el Hospital Infantil de Alta Córdoba, salvó la vida de mi hija Florencia, atacada por un persistente virus a los tres meses de vida. Piquino también ayudó a mi padre, cuando, estando yo preso, sufrió una extraña enfermedad durante la cual, en el Hospital de Clínicas, hubo que transfundirle más de 20 litros de sangre aportada por voluntarios del movimiento estudiantil cordobés. Lo salvaron.

Piquino, es el conocido y controvertido Dr. Tregnaghi. Conocido por sus actuaciones conflictivas con la política, frente al universo de las vacunas, que es su especialidad.. Tuvo un fuerte enfrentamiento con el ex intendente Luis Juez, a partir del cual decidió fundar su propio Centro, el cual dirige.

Piquino fue y sigue siendo un amigo entrañable. De tanto en tanto nos hablamos y saludamos.

Volviendo al tema central, y en síntesis, mi intento espacial fue un fracaso.

Me dediqué entonces a completar el quinto año del bachillerato y a pensar en la universidad.

Sin embargo, de aquellas historias me quedaron muchas cosas, entre ellas, el deseo de volar y mi admiración por las cuestiones espaciales, tema al cual le dedico mucha atención y trato de seguirlo.

Esa será, seguramente, la gran epopeya futura de la raza.

Cuando regresaba de Venezuela pensaba en construir un súper liviano.  
Un amigo me preguntó cuál era mi intención. Dejarme llevar por el viento, respondí.  
Cómprate un velero, es más seguro. Me aconsejó.  
Hice algo parecido: le puse vela a un kayak, con el cual naufragué sin consecuencias en el Lago San Roque.

Así se van sumando recuerdos y experiencias.  
Y se van convirtiendo en historias, que suenan a leyendas.  
Han comenzado a mezclarse un poco las etapas, todo un anuncio.

## Los chicos de Capilla

En la adolescencia éramos románticos y enamoradizos. Siempre nos tenía atrapado algún metejón no del todo correspondido. Nos gustaba sentir y sufrir los amores.  
Con Juanjo y con Pidoux nos juntábamos en las noches en alguna de nuestras casas, a estudiar, decíamos, y terminábamos escuchando música melodiosa y hablando de ellas.  
Si además nos tomábamos un trago, ni hablar.  
Patéticos.

Esa conducta se debió mantener hasta los diecisiete. A partir de esa edad nos comenzó a cautivar la cacería veraniega, con sus amores cortos y pasajeros. En realidad, la temporada comenzaba en noviembre, con la llegada de las estudiantes que venían a celebrar el fin de curso. Dominaban las santafecinas (bellas, bellas) que solían instalarse en hoteles como El Pinar del Río. Nuestros servicios de inteligencia nos brindaban un informe completo: cantidad, edades, colores, y todo detalle que sirviera para armar las trampas en las cuales, muchas veces, nos atraparon a nosotros.

La cacería de amores no era estrictamente deportiva, pero tenía algo de eso. Las reglas de juego eran duras. Hasta estaba permitido robarle la chica al otro. Con eso, el puntaje se duplicaba.

Pero éramos responsables y respetuosos. Muchos de esos amoríos alcanzaron en el tiempo la categoría de amistades permanentes. Muchas de ellas venían después con sus novios o sus maridos, y los sumábamos sin prejuicios a nuestro grupo.  
En esa etapa, los boliches eran El Plaza; el City, y el Kaylo, además siempre estaban a alcance de nuestras motos el Bar Tomba y el Achalay, en Los Cocos.

Después de los veinte yo ya vivía la mayor parte del año en Córdoba, estudiando. Incluso medio verano lo tenía ocupado preparando exámenes o dictando cursos de ingreso como ayudante docente. De modo que la vida se partía en dos. La grieta que semanalmente cruzaba La Capillense, con sus tres horas de viaje.

Esa grieta no pudo ser resuelta por Juanjo, quien luego de dos o tres años infructuosos se sinceró y me dijo: “me vuelvo a Capilla”.

Resultó convertirse en un hecho virtuoso, para él y para el resto. Con su padre fundaron Nova, un boliche nocturno más oscurito, que se prestaba a las intimidades. Nova era un sitio más que agradable, nos hicimos habitué. La geometría de su espacio permitía avanzar en sentido contrario al de la luz, más al fondo, más oscuro. Como deben ser esos lugares.

Sé que a esta altura algunos lectores curiosos estarán esperando que comience a mencionar nombres, a describir amores, casos concretos vividos. Se equivocan, después de los veinte se hizo conducta la discreción, y esa discreción es bueno extenderla incluso, a las etapas previas.

Solo podemos decir que la mayoría (ellas y ellos) tuvimos muchos romances de variada intensidad en esos tiempos.

A partir de los 22 otros fueron los amigos de Capilla, el Chongo, el “loco” Masini; el “pata” Gianassi; el “cura” D’Agostino, pero ellos tendrán –en algún momento- su propia historia.

Ya cerca de los 25, comenzó a hacerme daño la “doble vida” que me imponían los veranos de Capilla y la vida responsable que tenía que afrontar en la ciudad el resto del año. El daño se manifestó como crisis. Y la crisis se resolvió con una elección definitiva.

A partir de entonces, los viajes a Capilla se distanciaron. Comenzaron a diferenciarse el presente y el pasado y el camino se fue orientando hacia el futuro.

Nació también el compromiso con causas mayores. Lo cual significaba sacrificar los días felices.

Alguna vez escribí algo sobre las pérdidas en la vida. Es decir todas las pérdidas que nos toca afrontar. Todos hemos tenido pérdidas.

A esta altura de la vida no me quejo. Me tocaron encuentros y pérdidas. Siento disponer un balance positivo.

Si alguien me pregunta cuándo fui feliz plenamente, responderé sin dudas: en la época de Capilla.

Si alguien me pregunta cuando comencé a pensar, diré: en la etapa de estudiante en Córdoba.

Y si alguien me pregunta donde me sentí realizado profesionalmente, responderé: en Venezuela.

El regreso a Argentina en el 94 fue un “regreso maduro”, por primera vez me sentía seguro de mí mismo: Había dejado atrás todos los temores. Podía pararme solo y desprotegido frente a un territorio desconocido y saber por cual camino viajar.

Un territorio desconocido...así me resultaba mi propio país (tan diferente) luego de catorce años de distancia.

Como ven, la vida no es una sola, son muchas las vidas que vivimos.

## Historias de pájaros

Entre las cosas crueles de mi infancia recuerdo que cazaba pájaros.

Entrampábamos pájaros silvestres. Esta historia tuvo un final triste, con un epílogo de justicia.

Frente a la hostería nuestra, sobre la calle Rivadavia, estaba la hostería El Inglés de los Palos. Su dueño, un loco lindo, le había puesto ese nombre en homenaje a un famoso arquero de Chacarita Juniors, creo, que tuvo ese apodo.

No recuerdo su nombre, pero en una nota anterior mencionamos que tenía una coupé Ford Mercury 41, descapotable. Era un fanático de los pájaros. Con él íbamos frecuentemente de cacería a la zona de Escobas, pasando Charbonier, camino a Copacabana. A pocos km de la Ruta había un estanque bebedero de vacas con un bosque poblado de pájaros. Incluidas las valoradas Reina Mora; los Piquitos de Oro; los Soldaditos; Semilleros; Jilgueros y Mixtos; Corbatitas y los escasos Brasitas de Fuego, y muchos otros que por ese entonces poblaban nuestras serranías.

El “Inglés” tenía un hermoso jaulón en el jardín delantero de su hostería y vendía las aves autóctonas a los turistas. (Un hecho insólito y deplorable visto en el presente, pero esos eran otros tiempos, otras culturas).

Otro compañero de cacería era el Gardy Muñoz, hermanastro de los Ghigi de la carpintería. Con el Gardy íbamos a pie o en bicicleta al Rodeo, pasando el Puente de Muiño. Allí había un pequeño caserío con unas plantaciones de maíz y un microclima especial. Siempre había muchos pájaros.

El Rodeo era nuestro “rincón preferido” de la infancia.

En las tramperas se ponía un “llamador”, un pájaro de la misma especie al que se quería atrapar.

Un día atrapé un jilguerito que se mostró muy mansito desde el comienzo. Se notaba que era joven, su plumaje todavía no había comenzado a colorear de amarillo. Supe que iba a ser “especial”, le puse un nombre: Pinky.

Pasaron los meses y Pinky se volvió un cantor espectacular, y su plumaje se fue volviendo amarillo intenso. Cuando yo metía mi mano en su jaula para limpiarla él se posaba sobre mi mano. Un día decidí soltarlo. El salía de la jaula, andaba por el patio, andaba por el parral, luego, solo, volvía a su jaula. Cuando sentados bajo el parral tomábamos mate, Pinky sobre la mesa comía las miguitas. Eso era lo que más le gustaba.

Muchos turistas lo querían comprar, pero Pinky no tenía precio.

Un día el “inglés” me lo pidió prestado para llevarlo de llamador. Se lo presté. Para probar lo que yo contaba, al regreso, lo cambió por otro similar. Me bastó verlo para saber que no era Pinky. Fui a su casa, y delante de todos los presentes metí la mano en el jaulón y Pinky de inmediato se posó en mi mano, para asombro de todos.

Pinky vivió feliz varios años esa vida extraña a la que se había acostumbrado.

Una mala noche, estando yo enfermo, con gripe o algo así, guardaron a la noche a Pinky en el cuartito donde estaba el calefón Sosa, y Pinky murió asfixiado.

Lo lloré mucho tiempo. Yo tendría once años. Nunca lo olvidé.

Meses después un halcón atacó mis jaulas y mató a varios pájaros. Tendría unos cincuenta en ese tiempo.

Esta historia tiene dos epílogos.

Sucedido el ataque del halcón junté a todos los pájaros que me quedaban, en una jaula grande, me fui al Rodeo y los solté a todos. Por un rato fue un concierto multicolor que se fue dispersando mientras yo miraba con ojos llorosos, pero felices, el espectáculo.

El segundo epílogo es de actualidad. Desde que vine y construí esta casa en Valle de Anisacate me visita un jilguero amarillo y cantor, igual a Pinky. Tiene con su pareja el nido en un espinillo ubicado en el fondo. En mi techo está la antena de la radio, que alcanza unos veinte metros de altura. Al jilguerito le gusta posarse en la punta más alta de la antena y desde allí regalarme su canto. Muchas veces estoy en mi galería y aparece este nuevo Pinky a comer las miguitas en la mesa.

Devoluciones de la vida.

Nota: El Rodeo ya no existe, fue cubierto por las aguas del dique El Cajón, supongo. En otra historia que alguna vez publiqué conté que el Gardy, cumpliendo la promesa que nos hicimos de niños, siempre volvía a El Rodeo. Vivió varios años en los EE.UU., y cuando regresó fue a visitar El Rodeo y allí conoció a una chica que seguramente era una niña en aquellos viejos tiempos, y con ella se casó. En un encuentro casual que tuvimos por los setenta, me contó esa historia.

## Mi noche soñada

Yo no era de los buenos en el basket, era regular. Normalmente jugaba en la “reserva” (partido previo al de “primera”). Soy zurdo, de modo que mi puesto era de lateral izquierdo.

Hubo muchos buenos: los hermanos Cabrera; el flaco “veneno” De Rosa; el Beto Jarmi; antes, una delantera con el “Mono” Mir, el “chino” Abraham y el Poli Grébol, hicieron delicias; el Huguito Almada, con Juanjo hicieron de las suyas también. En rebotes del tablero propio, el flaco Nanzer y el Polo Massa; Buby Gianetto, el “negro Villegas, y el gigantón tintorero cuyo nombre no recuerdo. Seguramente Peco, que también fue de los buenos, completará la lista

Esa noche jugábamos contra nuestro archirrival: La Cumbre. En su cancha.

Era algo parecido a una final.

Tuve que reemplazar en la primera a Eduardo Gatica, que estaba lesionado. El entrenador (creo que era Agüero) confió en mí esa noche.

Fue inolvidable. Como se dice en la jerga, “la rompí”. Estaba inspirado, metí tres o cuatro dobles de los que ahora serían triples, desde la esquina. Y acerté en escapadas tres o cuatro bandejas.

Ganamos. Fue la primera y posiblemente la única vez que salí aplaudido y abrazado con mis compañeros y con los dirigentes. Algunos lloraban. No era poca cosa ganarle a La Cumbre, en su cancha, con el Ratón presente en ese equipo.

No hubo ratón que valga. Los gatos capillenses se lo comieron.

Fue mi noche soñada.

Lo que era regresar en el ómnibus a Capilla. Llegar después de media noche y despertar a todo el pueblo con nuestros cantos y gritos.

Llegar a la sede del club y darle trago libre a las cervezas, con algunas fritas saladas.

Y, por supuesto, continuar los cánticos hasta la madrugada.

“Le ganamos a La Cumbre ¡!! Y en su casa ¡!!! “

“Yo te daré....te daré Cumbre hermosa....te daré una cosa....”

“Y dale, dale, dale, no dejes de cantar, Capilla es una tromba....que no pueden parar...”

Es muy posible que Peco Valente, desde su hermosa Ibiza, agregue alguna anécdota a este relato, sé que lo hará; quizá el Beto Jarmi, desde el Norte, también lo haga. No digo de esa noche y de ese triunfo (que yo todavía paladeo) sino de esos regresos nocturnos cuando volvíamos vencedores... realmente inolvidables.

También estaban los otros, los regresos silenciosos porque cargábamos la derrota. Muchas veces golpeados, lastimados, heridos en cuerpo y alma.

Recuerdos, recuerdos basquetboleros, hermosos recuerdos.

## Seguimos con los amigos

Armando “chongo” Rivadeneira era un tipo querible.

Un playboy romántico que conquistaba a las mujeres con una ternura especial nacida en soledades mal resueltas.

Un poco mayor que nosotros se nos unió, a medida que los pares de su edad se iban entregando a la vida convencional, para defender una juventud a la cual no estaba dispuesto a renunciar,

Alegre y divertido, un verdadero Isidoro Cañones de Capilla. Un maestro en la conquista que nos enseñó sus artes. Pero en el fondo, era tan enamorado como nosotros.

Tal vez baste una anécdota para pintar una acuarela de esos tiempos.

Esa noche no recuerdo cuántos y quiénes éramos. Supongo que estaba con nosotros el Loco Massini y el Pata Gianassi. Y, obviamente, cuatro chicas de Buenos Aires, deseosas de vivir la libertad sin cemento. Al aire libre. En los yuyos.

Alrededor del Chongo habíamos organizado una sociedad para mantener alquilado un chalecito en La Gemelas, para tenerlo de “bulín”. Un bulín a lo capillense, sencillito nomás, pero tenía sus encantos.

Esa noche estábamos románticos. Queríamos escuchar música clásica en medio de la nada.

Las Gemelas, alrededor del famoso chalecito, era la nada. Solo oscuridad desolada

Pusimos música de Mozart y de Strauss, a todo volumen, y nos tiramos en el césped, con las ninfas, como a cincuenta metros del chalet, en medio del monte, bajo un mar de estrellas que se destacaban en la oscuridad. Vasos on de rock completaban el momento.

En medio de la nada sonaba la música de Mozart y los valeses de Strauss.

El resto se lo pueden imaginar.

También se pueden imaginar el recuerdo que se llevaron esas chicas sobre la vida, la noche, la soledad, la libertad, y la oscuridad infinita de ese cielo capillense.

Para completar la velada, hicimos un asadito, como a las tres de la madrugada.

Pusimos un farol en el patio del chalecito. En algún momento vimos ojos que nos miraban desde la oscuridad...Perros? No, zorros. Una manada como de ocho zorros

esperaban que les arrojáramos los huesos. Así lo hicimos. Mansitos como perros, los zorros se acercaron como a tres o cuatro metros de nosotros y compartieron la velada. Otro recuerdo imborrable que se llevaron las porteñas. Qué nochecita.

.....

El Chongo debió tener una niñez algo compleja, que resolvió en la adolescencia a fuerza de andar calle y aprender a domar la vida. A ganarse el vivir bien que le gustaba. Vivía desde siempre con los Jaime, sus tíos, una familia cariñosa. Amaba a su tía –cuyo nombre no recuerdo, pero si su cara y su cariño- todos los que rodeaban al Chongo lo querían y lo admiraban, por su forma de ser, decidida, generosa y sensible.

Éramos mujeriegos en esa época. Nos gustaban todas. Pero también romanticones.

Recuerdo claramente un día que Silvina, casi niña todavía, estrenaba sus recientes encantos caminando seria y silenciosa por la calle principal. Con el Chongo la mirábamos crecer y no podíamos creer en tanta belleza. Era una niña todavía. Pero crecía.

No me sorprendió para nada enterarme, algunos años después, yo ya alejado de Capilla, que se habían casado.

Sentí una enorme alegría por ambos. Seguramente se habían terminado las soledades del Chongo, y seguramente disponía de una capacidad de amor interminable para dedicarle a esa niña mujer que tantos suspiros produjeron en el pueblo.

La vida y sus trampas se llevaron prematura e injustamente al Chongo, esa noche que el diablo tomo forma de puente contra el cual se estrelló.

Esa noche estrelló un futuro que merecía vivir.

Sé que tuvieron hijos –no se cuántos- que seguramente leerán estas breves líneas en las que trato de expresar una enorme cantidad de recuerdos y sentimientos.

Recuerdos de chicas buscando su libertad; de cielo estrellado con música de Mozart y de Strauss (Porqué teníamos esos discos en el bulín?) y de zorros mansos demostrando una naturaleza amiga, en medio de la oscuridad y de la nada.

Recuerdos de un hermoso grupo de amigos que no querían rendir su juventud frente a la vida.

Sí, fue una época feliz.

Te mando un abrazo, compañero de los años locos y felices.

Te mando un beso Silvina, supiste conquistar y domar a un salmón, amigo de las corrientes, que siempre quiso encontrar una laguna donde frenar y permanecer.

Las historias con salmones suelen ser difíciles de llevar, y comprender.

## Algo de presente - Estamos ya reunidos

Algunos Antiguos (ellas y ellos), que amo desde la infancia andan proponiendo organizar una “gran reunión presencial”. Fieles a la cultura de verse en directo. De tocarse. De sonreír y llorar en vivo y en directo.

Los Breves amigos me dicen: eso no sucederá, y si sucediera no funcionaría. Porque la sola ausencia de algunos se volvería el tema insuperable del encuentro. Los tiempos han cambiado, sepan Antiguos: ya están reunidos.

La virtud de esas notas publicadas es habernos reunido, con sus apreciaciones y comentarios. Todos con todos. Presentes en esta nueva forma de encuentro que si queremos, es permanente. Un encuentro real marcaría las ausencias y al final habría que afrontar las despedidas. Verlo regresar al Peco a Ibiza, y ver como el Beto parte rápido para no perder el vuelo; y la Chaly regresando a su California y a sus nietos; Chuny y Ernesto partiendo para Mendoza; Petty a Cruz del Eje, y así, muchos.

Sean conscientes – dice el Breve - se están reuniendo como eran, no como son ahora.

Y ni hablar de lograr las coincidencias en el tiempo. Porque todos Uds. –dice el Breve – siguen teniendo una vida en el presente, cargada de nostalgias, si, pero una vida, con sus circunstancias actuales. Y no tienen la opción de elegir la vida ya pasada.

El pasado tiene mucho de quietud. El presente está cargado de urgencias.

Estamos en el presente. Logramos ese viaje por los viejos tiempos en cada historia, en cada comentario. Son momentos hermosos. Con algo de trauma, también. Cuando escribo, disfruto y sufro. Por momentos me quedo pensando, sin poder agregar una línea, luego pasa esa vacilación y vuelvo a este oficio que me ha invadido gratamente.

Ayer me escribían Andrea y Daniela, las hijas de Silvina y Chongo, qué lindas, no necesito verlas, las siento. Recibo sus cariños en ese corazoncito rojo que me mandan, y que me conmueve, y que me quitan las dudas que tuve al escribir, desde el pasado, a un presente que desconozco. (No produciré algún daño? Me preguntaba). Amigos comunes me dijeron: ellas son hermosas. Lo sé, no me hace falta verlas, no es difícil proyectar la belleza de Silvina y el transparente rostro del Chongo.

Algunos me dijeron. Qué bueno sería reunirnos los que integramos la promoción 62 del Nacional. Imposible. Absurdo. La mitad ya no está. Quien se banca esas ausencias en directo? Los que todavía estamos nos reunimos aquí, gracias a los medios de los Breves.

Con mis propias hijas, Florencia en Italia y Natalia en Buenos Aires nos reunimos todos los días, y ahora, en cualquier momento, gracias al wapp. Con Susana, que vivimos separados pero somos muy amigos, nos hablamos casi todos los días e intercambiamos preocupaciones intelectuales sobre la realidad. Y estamos a solo 50 km de distancia.

Nuevos amigos, sumados en otras etapas, participan gustosos de estos encuentros generacionales. Elvio, mi compañero de carrera, el astrónomo de Salta, conoció siempre a Capilla a través de mis descargas de aquellos tiempos. Una vez me acompañó y se cargó una hermosa curda en el Nova. Manolo Santirso, riojano, médico, amigo de tiempos intermedios, nos acompaña, y suma algunos videos musicales excelentes. Raquel Tessio, una de nuestras compañeras bellas del Imaf, creo que anda por Europa, y se suma a estas reuniones. Alberto Rabbat, quién me ayudó mucho cuando llegamos desamparados a Venezuela, hace años que no nos vemos, pero está presente en estas reuniones. Su hija, Celeste, decidió instalarse en Capilla, creo que allí está, atrapada por

el universo esotérico que contiene nuestro viejo pueblo. Mis propias hijas disfrutaban de estos encuentros. Les gusta que corra ese telón que les tapaba esa parte de mi vida.

Por último les digo: con Marina hacemos todas las semanas un programa radial desde hace un par de años. Sin embargo, en todo ese tiempo nos vimos en directo creo que dos veces. El resto es todo virtual.

Y lo casual, a veces se hace increíble. Con Matías Toledo, a quien conocí aquí y comparto conmigo cosas de la radio, descubrimos que su padre cursó conmigo primero superior en el colegio primario de Capilla, tuvimos de maestra a la Srta. Zubriggen. Así se integran las enredaderas del pasado y del presente.

Sí, así es el presente, Chachi/Charly, - me dice el Breve -, es muy bueno lo que están logrando: están derrotando a los olvidos.

Son los recuerdos compartidos el arma que derrota a los olvidos.

Pronto mis historias recorrerán necesariamente otras etapas, incluida la de Venezuela, que no fue breve, duró catorce años. Podrán imaginarse todo lo vivido allá, y la cantidad de amigos que dejamos. Uno de ellos, Othman, participa en nuestros muros y disfruta de estos recuerdos y anécdotas.

Decía que recorreremos otras etapas, algunas felices, otras no tanto, y podrán ver, todos, cómo el pasado aparece siempre en todos los presentes.

Cómo cuando metía los pies en al agua del Caribe, sentía la química del Calabalumba o del Anisacate. Y cómo cruzaban, como gaviotas, en ese breve instante, los recuerdos.

Estamos ya reunidos. No lo duden.

Los quiero a todos.

## Recuerdos solicitados

Peco me dice en un comentario que recuerde a Carlitos Fumega.

Alberto Zanni publica la foto de un cuadro de honor del Lasalle donde dice que están juntos Carlitos Fumega y Pichín Carducci.

Hace cuatro o cinco años yo era director del Ceprocór, en Santa María de Punilla y frente a un problema común tuve que hablar con el director del vecino Hospital Neuro psiquiátrico. A quién encontré, de director? A Jorge Arbach, quien en aquellos tiempos de Capilla lo supe iniciando medicina.

Fue un encuentro grato, que se repitió varias veces. Me contó la historia final de su familia.

Claro que recuerdo a la Tienda San Francisco, de los Arbach, ubicada en la calle Belgrano. En diferentes momentos fui amigo de todos los hermanos. Posiblemente con el que anduve más cerca fue con el arquitecto...Alberto?. El mayor era un comerciante activo y eficiente, además de alegre y educado. Partícipe y colaborador en todas las iniciativas que surgían.

Y quién de nosotros, los Antiguos, no compró algún pantalón, traje o camisa en la Tienda Fumega, en plena calle principal? La tienda era atendida por los padres de Carlitos, hijo único, algo malcriado por las circunstancias. Atlético. Un excelente nadador. Y un brillante alumno de Ingeniería Química en la Universidad del Litoral, de Santa Fé. Lo que no sabía o recordaba era su paso por el Lasalle. Más bien lo creí en el Liceo Militar, porque lo recuerdo en un jeep del ejército, con otros jóvenes, con ametralladoras, llegando a Capilla cuando sucedió la llamada Revolución Libertadora. Recuerdo que mi madre los increpó frente a la innecesaria exhibición de armas. Pero eran jóvenes, y vivían su aventura.

Peco lo dice, y yo lo reafirmo. Carlitos era una linda persona. Simpático. Amable. Querible. Supo traspasar generaciones y ser amigo nuestro. Ya lo dije: fue quien me enseñó a nadar. Tuvo amores en el pueblo y dejó tristezas, aún antes de morir, cuando su vida tomó por caminos de incertidumbre. Arriba de su Gilera 300, bicilíndrica, era un peligro. Sus padres, que lo adoraban, deben haber sufrido mucho ese destino extraño que lo fue atrapando y alejando de sus capacidades brillantes. En la última etapa, el alcohol terminó con él y con sus sueños.

Un derrape extraño, difícil de entender sus causas. Daba la sensación que no podía resolver un desencuentro.

Pero, como dice Peco, era un buen tipo, y no supimos ayudarlo a desatar su destino.

Otros amigos que recuerdo eran los fotógrafos famosos del pueblo.

Con sus obras ganaron un espacio en el arte, que permitió se realice en Capilla en encuentro Fotocita, y que para ello se teche la calle principal. Un ícono que permanece, junto con el Uritorco y El Zapato, y que le da gran parte de su imagen.

Sin dudas uno de los principales fotógrafos fue Enzo Marengo, un tipo especial, fuimos bastante amigos. Enzo tenía cosas que nos fascinaban: una bicicleta a motor, con velocímetro. Creo que era plateada. Un flamante rifle Halcón, con mira telescópica. Y una cámara de fotos tremenda. Todas cosas envidiables en aquellos tiempos. Con Enzo practicábamos una actividad histórica: la filatelia. Hacíamos de todo por alcanzar colecciones de estampillas de países lejanos, como Marruecos, Bulgaria, Venezuela, cuyos coloridos, cautivaban. La filatelia nos llevó de la mano a conocer la geografía del planeta. Importante, verdad? Kiko Sainz; Oscar Orsi, y yo, acompañábamos a Enzo en los primeros tiempos de su vida joven.

A Enzo fotógrafo lo seguían de cerca Ochonga; Víctor Toledo y luego se sumó Canale. Seguramente hubo otros, pero esos son los que recuerdo de aquellos tiempos.

La amistad más intensa la tuve con Víctor Toledo, y celebro que ahora intercambiamos saludos e historias. Me ha ayudado a reconstruir algunas. Víctor me sacó las mejores fotos que tuve, y que lamentablemente en etapas posteriores se las llevaron las circunstancias. Por ahí conservo una que me dejó mi madre al irse, pero ahora no la encuentro. Pero está. Cuando la ubique la publicaré, para que me vean joven, como era entonces.

Víctor era un amante del arte. No sólo de la fotografía. Acompañaba todas nuestras iniciativas: el teatro, las fiestas creativas, los pequeños desafíos culturales.

Nos gustaba jugar a las palabras. Usar las palabras que encontrábamos para crear absurdos. Ya publicaré un ejemplo que ilustra ese juego.

Bueno, por hoy, creo que es suficiente.

## La música de aquellos tiempos

En los cincuenta, en casa, en Capilla, se escuchaba la radio, en onda corta. Radio Belgrano, Splendid, el Mundo y Mitre, que transmitían desde Buenos Aires. Y Radio Nacional, que pasaba principalmente música clásica.

A mi viejo le gustaba el tango. Canaro, D'Arienzo y De Angelis. Creo que unos de los primeros discos de pasta que recuerdo en mi casa fue "Canaro el París".

Luego aparecieron Antonio Tormo y Los Chalchalers.

A mi vieja le gustaba el Príncipe Kalender, interpretando el Vals del Recuerdo y Lolita Torres. También el estilo provocativo de Tita Merello.

Cuando llegamos cerca de los sesenta, todo cambió para nuestra generación. Aparecieron la Spika y el Wincofon. Este último permitía adaptar un dosificador automático mediante el cual se automatizaba el cambio de discos. Asombroso, para el momento.

Pronto se superpusieron varios géneros musicales. Los disfrutábamos a todos, mezclándolos en nuestras fiestas.

De las décadas anteriores venían los boleros, el cha-cha-cha, la rumba y el mambo.

Pronto dimos paso a los waffles made in casa, de dimensiones espectaculares. Servían también de mesita o apoya cosas. Algún amigo experto nos ayudaba a armar el amplificador, comprando sus partes electrónicas.

El plato y la púa, para los discos de vinilo, eran esenciales.

A nuestra generación le tocó el privilegio de instalar el rock and roll y el twist, con Bill Halley y sus Cometas; Elvis Presley; los Teen Tops y Chubby Checker.

La música romántica con intérpretes como Paul Anka; Sinatra; el Trio Los Panchos; Roberto Yanez; Lucho Gatica; Los Plateros; Nat King Cole; Antonio Prieto; Los Cinco Latinos; Los Fernandos; y una multitud de otros intérpretes.

Las grandes orquestas, Ray Conniff; Fausto Papetti; Paolo Mantovani; y otras no menos conocidas. Ese camino lo había abierto desde el jass, Glen Miller.

Un día nos invadió la música italiana con la voz de chiquilla de Rita Pavone o la melodía sensual de Gigliola Cinquetti; el tono áspero de Gian Franco Pagliari; la dulzura de Ornella Vanoni y el recordado Doménico Modugno, entre otros tantos.

Francia se presentaba con la eterna Edith Piaff y Charles Aznavour.

España, con Rafael y Mocedades preanunciaban la llegada demorada de Serrat.

De Brasil llegaba el samba y el bossa nova.

Y de México, los mariachis.

De Inglaterra arribó la banda musical del siglo: Los Beatles, perseguidos a poca distancia por Los Rolling Stones.

En nuestros bailes se metió el tango, de la mano de Julio Sosa y Argentino Ledesma; algunos comenzamos entonces a escuchar a Gardel.

Desde el Club del Clan llegaron Palito, Leo Dan; Sandro; Chico Novarro; Violeta Rivas; Jhonny Tedesco; Leonardo Favio, y otros famosos. Algunos pensaban que eran un poco "mersas", pero se bailaba lo mismo. Y sabíamos de memoria sus canciones.

De pronto, en medio del baile sonaba una zamba de moda para cantarla y bailarla.  
El folclore en permanente ascenso era motivo de peñas y fogatas.  
Si, una rueda alrededor de un fuego, en la circulaba la guitarra y el vino.  
El Festival de Cosquín contagiaba su esencia.  
Tiempos de Cafrune, Mercedes Sosa, Los Fronterizos y Los Trovadores.  
Un tiempito más y Horacio Guaraní y Chito Ceballos nos fueron poniendo subversivos.

Ya a finales de la década del sesenta aparecieron Los Gatos con La Balsa, Ayer Nomás y Viento Dile a la Lluvia, el grupo Almendra, Los Iracundos, y se lanzó el rock nacional, que iba a alcanzar su cenit un poco después, en los setenta- ochenta.

Bailas? Era la pregunta de la iniciación.

Luego, la pista se oscurecía a medias para posibilitar el acercamiento y algún beso distraído, poco distinguible desde las mesas en las cuales solían estar las familias, madres, tías o hermanos.

En los bailes se bebía gin tonic; cuba libre; ginebra con coca o vodka con naranja; hubo también algunas etapas cortas en la que se impusieron el pisco y el tequila. También tuvo alguna presencia el gancia, solo o con Campari.

El Fernet era un medicamento digestivo en aquellos tiempos.

A media noche aparecían los tostados de jamón y los lomititos.

En las peñas vino en jarra o sangrías, en los famosos pingüinos.

La cerveza era bebida diurna, de verano, en la pileta municipal, con picadita de maní y papitas, o con especiales de jamón y queso.

Los domingos antes del mediodía el obligado vermut con picada múltiple. En las mesas de afuera, del City o del Fénix. También Kaylo, si.

En las siestas calurosas, un helado de la Achalay. Si te lo servía Teresita, ni hablar.

Todo eso, y algunas cosas más sucedieron en ese breve instante de no más de veinte años.

Cómo no vamos a recordar el pasado?

## Confesiones

Mientras reconstruyo y escribo estas memorias me invaden recuerdos de otros momentos de mi vida.

Días y noches pobladas de incertidumbres en las que uno se preguntaba si había hecho bien en zarpar aquel día, mirando alejarse las luces del puerto.

Aquella noche que sumidos en el desamparo tomamos el ómnibus en la terminal de Córdoba, con dos niñas tristes y desconsoladas, para empalmar al otro día aquel avión a Venezuela, sin certidumbre de retorno.

La palabra era esa: desamparo. Éramos una familia que partía tratando de vencer el desamparo.

Pero no hablo solo de aquella partida necesaria, inevitable. Hablo de todas las partidas. Esas que obligaron a renunciar a las promesas de la niñez y de la adolescencia. Abandonar el pueblo que nos vio crecer. Dejar atrás la permanencia para saberse de allí en más, dueño tan solo de un origen difuso.

Un sentimiento incomprensible para los originarios, debo haber pensado muchas veces.

Ahora, con mucha vida vivida comprendo mejor el sentido de las travesías. La tendencia nómada de las búsquedas, aún sabiendo lo difícil que es encontrar lo que se busca.

Muchas veces, en noches inciertas me preguntaba que hubiera sido si me hubiera quedado. Esas noches interminables en las que solo se desea llegue pronto el amanecer con sus luces a impregnar de realidades el mundo de las dudas.

Acaso no querías ser astronauta? Se burlaba de mí la maldita memoria. Nómades, como mis abuelos. Como los abuelos de la mayoría de mis amigos. Nómades necesitados de construir algo pronto, para sentir la tranquilidad que dan las anclas, cuando el mar suena inseguro.

Una lucha incansable. Día a día. Noche a noche. A veces bien, otras no tanto.

Decía recién que ahora, con tanta vida vivida, ya no se sufre. Ya no duelen las tristezas ni se padecen las melancolías. Por el contrario, se pueden disfrutar los recuerdos. Se los revive con generosidad justa y obligada. Se puede optar por la sonrisa y dejar de lado la incomprensión que se siente ante esa lógica mal calculada que se llevó equivocadamente algunas cosas fuera de nuestro tiempo.

Todo esto lo puedo pensar y escribir ahora, no hubiera podido hacerlo veinte o treinta años atrás cuando todavía especulaba con la vida que tenía por delante. Hoy el presente es por fin presente. No tiene demasiados compromisos de futuro.

Y es desde un presente sin compromisos que se puede recordar sin temores el pasado, con fidelidad y cariño.

Reconstruir las historias. Escribir algunas. Callar otras. Pero recordar todas.

## Una breve historia sensible

Otra breve historia, sensible, con algo de romántica.

Tuvo inicio en mi adolescencia.

Mi hermana acababa de tener a su primera hija: Isabel Cristina, mi sobrina.

Fui a la clínica a verla. Yo tendría 16 años, Algo así.

Por error entré a otra habitación.

Allí estaba Ella con su flamante bebé.

Era realmente una hermosa mujer. Radiante. En su mejor edad. Me miró sorprendida.

Yo quedé paralizado, mirándola, sin poder decir nada. Ni siquiera se me ocurrió decirle que me había equivocado de habitación.

Ella, en silencio también, me miraba y sonreía.

Algo sucedió en ese momento.

Esos extraños chispazos de ternura difíciles de interpretar.

Ella era algunos años mayor que yo, pero sentí y disfruté la hermosa sensación que me produjo su mirada.

Pasaron varios años. Yo ya había superado los 20.

Estaba una tardecita jugando minigolf en el espacio del Chongo, en Deán Funes y Corrientes,. Ella, pasó por la vereda, con sus hijos pequeños, y se detuvo. Me acerqué y conversamos, separados por la cerca.

Creo que le dije que desde aquella vez la recordaba siempre.

Ella se reía, pero la halagaba mi avance, y se quedaba allí, sorprendida, alegre y atrevida. Seguía siendo más que bella. Provocativa. Y posiblemente inalcanzable.

Pasaron algunos años más. La vida nos volvió a reunir, casi de casualidad, en la Ciudad de Córdoba. En un estudio de abogados.

Yo estaba tratando de recuperar mis cosas, que me habían sido erróneamente embargadas. Me representaba una abogada amiga, del movimiento estudiantil.

Ese día fuimos a una audiencia de conciliación.

En el estudio estaban Ella, su marido abogado, mi contendiente en el pleito; mi abogada, una hermosa y joven secretaria, y, obviamente, yo.

Era una mañana hermosa, de primavera. Los abogados discutían cosas que no entendía ni me interesaban. Hablaban de un acuerdo.

Ella se mantenía en silencio, me miraba con su sonrisa de siempre.

En un momento, ya harto del asunto legal, me acerqué a la bella secretaria y le dije: que te parece si en este hermoso día primaveral nos vamos a tomar algo en el bar de abajo? Te invito.

Le dije a mi amiga abogada: tú sabrás que debes hacer. Y nos fuimos.

Ella miraba la escena y no podía creer mi desfachatez. Solo se reía, Creo que envidiaba mi vocación por la libertad. Vi en sus ojos aquella misma mirada que me había cautivado aquel lejano día, en la clínica. Sus ojos parecían brillar con luz propia. Era realmente muy atractiva.

La sentía cerca y lejos, como suelen ser las cosas posibles pero inalcanzables, cuando las circunstancias juegan en contra.

Cuando regresamos al estudio, me ofrecieron una propuesta de arreglo, no la acepté.

Le dije a mi contendiente: mire amigo, Ud. va a perder todo, y encima tendrá que pagar a los abogados, llevo las de ganar, mi abogada no me cobra, es compañera.

Al despedirme de Ella, creo haber besado su mejilla, posiblemente muy cerca de su boca, y disfrutado su cara muy sonrojada.

Algún tiempo después terminó el pleito y yo recuperé todas mis cosas Ese día el contendiente me dijo: Ud. tenía razón, nunca más vuelvo a un abogado.

#### Epilogo.

Algún tiempo después de esas vivencias yo estuve detenido como preso político durante dos años. Cuando salí en libertad y regresé a Córdoba, me encontré una mañana con Ella (no sé cómo, ni recuerdo dónde) y fuimos a tomar un café.

Ambos sentíamos que había pasado como medio siglo.

Ella me dijo que había sufrido mucho cuando me detuvieron. Que no podía creerlo. Estaba delgada y algo envejecida. Pero seguía siendo muy bella. En ese momento tuve la sensación que no era feliz, pero no se lo dije. Tampoco lo dijo ella.

El tiempo transcurría en otro ritmo y en otras realidades, y fatalmente nos alejaba.

Creo que nunca más nos vimos. Tampoco supimos que pasó realmente entre nosotros, creo que para ella yo representaba la libertad, y ella representaba para mí el recuerdo de esa confusa atracción que se siente en el final de la adolescencia frente a una mujer hermosa, deseable, y supuestamente inalcanzable.

Nunca atravesamos ese límite. Fue una extraña, cercana, distante, y bella relación.

Todavía puedo verla, en aquella cama de la clínica, con su bebé a su lado, y su hermosa sonrisa, mirándome, sin entender que hacía yo allí, en ese momento tan especial de su vida.

No sé si Ella vive aún, ojalá que si y lea estas palabras, y que sepa que siempre la he recordado bien, con un amor especial, y agradecido por su solidario cariño.

Posiblemente nos merecimos un romance, pero no lo tuvimos. Amores extraños, no concretados, llevados por los vientos.

Sencilla y extraña historia, casi sin desarrollo, y sin final.

Fueron solo reflejos distantes.

Deudas no canceladas por la vida.

## La transición

Llegó el momento en que debíamos partir de Capilla, nos esperaba la Universidad Nacional de Córdoba.

Nos fuimos a vivir juntos, en una pensión familiar, en la calle Pringles, en Barrio Juniors, Juanjo, Roberto Carletti y yo. También se fue con nosotros Norberto Fornells, no recuerdo si a la misma pensión o en un lugar cercano. Juanjo y Carletti iban a estudiar geología, yo me jugué por la física. Monir Addur me había preparado para superar el exigente examen de ingreso, y lo superé.

Juanjo duró poco en geología, la química no era para él, y se pasó a abogacía. Roberto era feliz con la geología, le gustaban las montañas y las rocas. Norberto optó por una carrera técnica en electricidad, que le permitió en poco tiempo tener bastante trabajo.

Marcharse de Capilla a finales de febrero no era fácil, extrañábamos como locos. No sabíamos organizarnos en la ciudad. Nada nos gustaba. Nuestras técnicas de conquista, eficientes en nuestro terruño, eran ineficaces en la urbe. Los primeros meses anduvimos malheridos, siempre al borde de querer volver a nuestra vida anterior.

Solo nos sostenía la fuerza del desafío.

En realidad los fines de semana nos íbamos a Capilla. Luego, los regresos sufridos a la ciudad, en la última Capillense que partía como a las siete de la tarde.

Se sumaba esa tristeza de soledad de otoño e invierno que cubría a los pueblos que atravesaba el colectivo.

Y encima llegar de noche a la otra soledad, la de la ciudad extraña.

Dos o tres cuestiones concurrentes me sacaron de esa situación. Por un lado la exigencia de estudio que imponía la carrera. Cursábamos cuatro materias semestrales que había que rendir en julio. En segundo lugar tenía clases algunos sábados por las mañanas, de modo que comencé a distanciar los viajes a Capilla. Y lo decisivo, los nuevos amigos, compañeros de estudio con los cuales compartíamos horas y horas tratando de descifrar los nuevos conceptos que nos imponía el álgebra y, sobre todo, el análisis matemático, o cálculo infinitesimal, como se lo llama. La química no me costaba mucho gracias a lo aprendido con Lalo Hurovich; la trigonometría la había estudiado bastante durante el verano anterior, la física venía en el segundo semestre, y el inglés, una tortura.

Fue tan grande el impacto inicial de las matemáticas superiores que nos sentíamos cerca de la locura. Los conceptos nos perseguían despiertos o dormidos. Yo me descubría a menudo, en el colectivo, jugando con los números del boleto. Sumaba el primero con el último, al resultado lo dividía por el del medio, buscando alguna lógica oculta.

En los exámenes nos exigían demostrar los teoremas. Terrible. Parado frente al pizarrón tratando de llegar a concretarlo frente a la mirada paciente de los profesores que se tomaban todo el tiempo del mundo con cada alumno.

Una noche, previa a un examen, estábamos con Bondio y Alanís tratando de descifrar la demostración de un famoso teorema matemático. No lo lográbamos. Cansados no acostamos a dormir. En medio de la noche se despertó Bondio con un grito: “lo tengo”, encendimos la luz (Juanjo puteaba en su cama) y frente al pizarrón resolvimos el teorema. Bondio nos dijo: les juro que lo soñé.

Con todo esto quiero decirles que la ciencia comenzó a competir con mi vida anterior. El cerebro se fue ordenando a medida que construía la nueva lógica del pensamiento y la tortura disminuyó. Los viajes a Capilla se fueron espaciando y la ciudad comenzó a mostrarme las otras caras. Las del estudio, la responsabilidad, y la lucha.

Los veranos se redujeron solo a enero, en febrero había que estar en Córdoba, preparando los exámenes de marzo.

Sin embargo la dualidad de vidas duró bastante tiempo. En enero me atrapaban las tendencias ancestrales formadas desde la infancia. Volvía al pueblo y a los amigos de siempre. Vivía romances inconclusos. Por momentos contradictorios. Luego llegaba febrero con anuncio de otoño y el astronauta frustrado se reconstruía entre astrónomos, físicos y matemáticos que nos enseñaban las leyes del universo y del micro espacio de las partículas elementales.

Esa nube de certezas y dudas me iba a acompañar toda la vida desde entonces.

Todavía la conservo, no lo duden.

Fue conmigo a todas partes.

Y sigue aquí.

## Lugares y personajes de aquella Capilla

En la esquina de Rivadavia y la calle principal, había un viejo boliche, un almacén de los de antes, de propiedad de un matrimonio griego. Se llamaba El Sauce. Los nativos del pueblo hacían allí sus compras, y de paso se echaban un buen trago en el mostrador. Afuera dejaban atados sus caballos, a veces por horas, los cuales dejaban sus excreciones allí mismo, instalando el olor que se pueden imaginar.

Era sin dudas un monumento popular del pasado. No armonizaba con el nuevo pueblo formateado por el turismo.

El griego pagaba sus impuestos, nadie lo podía mover de allí.

Pasaron años. El pueblo iba cambiando, pero El Sauce seguía allí, como ignorando el progreso que comenzaba a rodearlo.

Posiblemente fue el asfaltado de las calles el que fue convenciendo a los parroquianos que dejaba de ser un buen sitio para sus caballos.

En algún momento que no sé determinar, el tiempo se lo llevó.

Dos personajes célebres que eran clientes asiduos a El Sauce eran el “petiso” Salguero y “chiquito mío”. El primero era un poco más alto que un enano mediano, vivía por la zona del Dique Los Alazanes, se dedicaba a la venta de “yuyos” (ahora son hierbas serranas). Bajaba de la montaña en su mula, con dos alforjas laterales cargadas de las más diversas variedades: peperina, carqueja, cola de quirquincho, hierba buena, te de burro, paico, y muchas otras que él recomendaba para curar diversos males. A veces traía también algún pichón de Zorzal o de Reina Mora, o alguna iguana, que encontraba por el camino, y las sumaba a su oferta.

Una vez que vendía toda su carga, compraba doce botellas de vino, seis en cada alforja, y emprendía la marcha en la mula, hacia sus montañas. En el viaje iba rompiendo el pico de las botellas en las rocas cercanas al camino y disfrutando su contenido. La mula lo conocía, y lo llevaba a destino en medio de una tremenda borrachera.

Cuando se acababa el vino, repetía la excursión.

Era buena persona, tranquila, amable, aún borracho y algo extraviado, se comportaba bien. Muchas veces, en nuestros viajes de pesca nos cruzábamos con él y debíamos compartir un trago de vino, para no ofenderlo.

Chiquito mío era ya – en mi niñez - un hombre grande. Dicen que se le murió de pequeño un hijo muy querido. Desde entonces se emborrachaba a finales de la tarde y recorría en la noche las calles del pueblo gritando: “ chiquito mío... canallón de mierda...tiene piojo en la cabeza y chinche en las pelotas...!!!” Y caminaba tambaleándose de una vereda a la otra repitiendo la misma frase... interminablemente. También era respetuoso, no se metía con nadie. El vino y su grito eran toda su vida. Alguien me dijo alguna vez que era un buen albañil.

Don Samuel Córdoba tendría por aquel entonces cincuenta o sesenta años. Vivía solo, con su majada de cabras, en un rancho situado en la naciente del Río Pinto, entre el Uritorco y Ongamira. La leyenda decía que poseía el miembro viril más grande que se haya conocido en la región. La leyenda agrega que cuando murió hubo que destinarle dos cajones, uno para su cuerpo y otro para su miembro.

Lo cierto es que cuando murió su rancho quedó abandonado. Las cabras se volvieron salvajes y fueron a vivir en los grandes peñascos que rodean a la Gruta de Ongamira.

Tuve la suerte de hacer un viaje, a caballo, desde Ongamira a la naciente del Río Pinto, a cazar vizcachas y pescar truchas. Nos llevó hasta allá el Sr. Reyes, que vivía en la casa ubicada tras el peñasco llamado El Conejo.

Reyes tenía la habilidad de pescar a las truchas con sus manos. Las atrapaba en las cuevas que hay siempre debajo de las cascadas. También, en las aguas calmas les hacía sombra con una mano y deslizaba la otra por debajo de la trucha, la acariciaba hasta que lograba su confianza, en ese momento, con un manotazo traidor, las tiraba fuera del agua.

Por la noche salimos a cazar vizcachas. Cazamos nueve. Y nos fuimos a dormir al rancho abandonado de don Samuel. Reyes contaba que las vacas y las cabras del lugar le tenían miedo a Don Samuel, al cual consideraban lo que ahora sería un violador serial.

Pensando en el espectro de Don Samuel no lograba dormirme. Decidí hacerlo boca arriba, por las dudas. En las penumbras divisé enormes ratas que caminaban por las vigas del rancho. En medio de la noche le disparé a una y produje un conato de pánico en mis compañeros dormidos. Fue bueno despertarlos porque afuera, los zorros querían comerse a las vizcachas que habíamos colgado de un árbol.

Para cerrar estas historias. A ambos lados de El Sauce (rodeándolo) estaba la casa de los Mastri (zapateros, carpinteros), oriundos de Trento. Sobre la calle Rivadavia daba un pequeño patio en el cual iniciaron la construcción de una enorme lancha, cuya construcción nosotros admirábamos a través del cerco. Cuando la terminaron era imponente, le pusieron el nombre: Stella Maris.

Dicen que les salió algo pesada. Parece que flotó poco tiempo y se hundió.

Mastri explicó: nos falló el calafateado.

## Otro personaje, una anécdota y un recuerdo.

Se llamaba César, César Lastra. Nosotros le decíamos César “Laucha”, para hacerlo enojar, pero no se enojaba..

Poco a poco se fue instalando el apodo de “ laucha”.

Era un personaje realmente inefable. Siempre dispuesto a recibir un trago, y agradecer el convite con un discurso “doctoral”, utilizando palabras importantes. Simpático, dicharachero, saludaba a todo el mundo con una educada reverencia.

Le gustaba decir “berequetum”. Palabra que se fue pegando a muchos.

Dany Zecca, en un comentario reciente nos recordaba una frase especial del César: en los velorios, frente al difunto, decía: “Está tácticamente hermético”.

Otra amiga destacó que le gustaba dirigir el tránsito. Es cierto. Lo hacía emulando a Chaplin.

Siempre dispuesto a participar en alguna tarea que le generara algún ingreso. O por lo menos un convite.

El se jactaba de pertenecer a la “alta sociedad” y exponía como prueba su apellido Lastra.

Realmente era un apellido con cierto renombre aristocrático.

Nadie sabía muy bien cuál era su origen. Alguna vez escuché decir que perteneció a una familia de clase alta y que por alguna razón de aquellos tiempos, fue excluido. No eran extrañas esas situaciones en un pueblo como Capilla, en el cual las familias vinculadas

con la aristocracia habían fundado –unas décadas antes- sus mansiones y vivido allí quien sabe cuántas historias que por razones obvias prefirieron callar. Conozco algunas.

Pero estamos hablando de César Lastra. Tengo una anécdota con él que terminó en una lamentable condena en mi contra.

Situemos el momento: años 65/66, yo ya andaba enredado con los “chicos malos” (un poco izquierdosos) de la universidad que poco tiempo después realizamos la histórica lucha contra el onganato. Y siguiendo ese rumbo, terminamos en la cárcel.

Yo quería y necesitaba ser un transgresor. La literatura del momento nos proponía transgredir, como camino a la libertad.

No me gustaba el equilibrio social imperante en el país.

Tampoco me lograba adaptar muy bien a la “doble vida”, la del verano capillense – alegre y placentera- con la del resto del año en la universidad, -en el laberinto de la ciencia- y además, comprometido con los cambios sociales que se presagiaban.

Ese día, cercano a fin de año, fuimos invitados a un asado en la vieja casa de los Canale, una mansión histórica ubicada un poco más allá del convento de las monjas.

Yo andaba iniciando un flirteo con la bella y dulce – siempre recordada - Mati, por entonces, una de las menores de la familia. Su hermana ya venía avanzando un romance con Carlitos Perotti, quien desde Brasil, puede ser un fiel testigo de esta historia.

Todo estaba bien. Nos portábamos como angelitos. Así lo habíamos prometido a las chicas que deseaban fuéramos aceptados por padres exigentes, no dispuestos a que sus hijas tuvieran amoríos con cualquiera.

En algún momento se paró junto al cerco César Laucha y saludó, como siempre lo hacía. A mí se me escapó el “cualquiera” de adentro. Alcé mi copa llena de vino, fui hasta el cerco y se la brindé al “laucha” ante la reprobadora mirada de algunos mayores, que me laceraban la espalda.

Solito me condené.

Pero qué diablos....acaso el Laucha no era nuestro amigo??

Me quedé un largo rato charlando con él. No soportaba que fuera despreciado.

Mi gesto debió ser catalogado como una provocación inaceptable. Y creo que automáticamente pasé a integrar la lista de los indeseables, con quienes no era bueno que las chicas salieran.

Desde ese día el romance se volvió clandestino y difícil.

No concluyó, por el contrario, hasta llegamos a reincidir un año después. Con las imaginables tormentas familiares.

Pero yo sabía que era un romance sin destino.

Teníamos compromisos diferentes con la vida.

Uno de los dos debía renunciar por el bien del otro.

Creo que renuncié yo. Aunque en esos casos suelen ser renunciadas compartidas.

Y me fui a tomar un trago triste con el laucha.

.....

Esa fue toda la historia? (pregunta Kupita que está leyendo por sobre mi hombro). Por supuesto que no, también vivimos muchas cosas lindas, reflejos de felicidad que las circunstancias no siempre podían opacar. Forman parte de este calendario de recuerdos que, con tanto tiempo mediante, se puede recorrer sin complejos, tristezas, compromisos o culpas.

Posiblemente el César Laucha, en su extraña sabiduría, sabía todo lo que iba a acontecer después de aquel brindis transgresor.

Me gustó mucho esta historia del Laucha – me dice Kupita - Y dime, Charly, por qué has tardado tanto tiempo en escribir esta historia? Así son las cosas, Kupita, la historia requiere que pase mucho tiempo para que pueda ser valorada y comprendida. Necesita que primero mueran los intereses, y se aplaquen las ambiciones y pasiones. Cincuenta años suele ser un tiempo suficiente.

- Nosotros, los perros, tenemos otra forma de ver y sentir las cosas.
- Si, ya lo sé.

## La historia de Junquito Plumerón

Capilla del Monte, verano del 67'.

Ella se llamaba en realidad Silvia Bustamante. Y pertenecía a una familia que solía pasar sus vacaciones veraniegas en nuestro pueblo. Yo la conocí de pequeña, cuando todos éramos niños. La recuerdo inquieta, movediza, no linda, pero sensual: piel dorada bronce, oscura, ojos marrones.

En ese verano del 67' yo tenía 25 años.

Venía maltrecho y descreído por relaciones fallidas y por las luchas estudiantiles vividas durante todo el año en la Universidad de Córdoba.

Necesitaba reflexionar, porque el horizonte y los anuncios pintaban oscuro el futuro inmediato. Me faltaban 4 materias para recibirme de licenciado en física. Me había salvado de la expulsión luego de dirigir la huelga que duró un año. Con movilizaciones de acompañamiento, persecuciones policiales y esas cosas.

La vida me estaba anunciando un destino, a corto plazo, que no sería fácil de transitar.

Ella llegó al pueblo al comienzo del verano, descalza, con una flor pintada en la mejilla, y un poco de sombra en sus ojos. Se presentó con un nuevo nombre: Junquito Plumerón. Su mirada había adquirido calma, y su sonrisa, breve, era permanente. La acompañaba Pipo el de “Ayer nomás”, que muchos coreábamos acompañando a Los Gatos, que estaban apareciendo en escena. Muchos, náufragos de diferentes mares, queríamos subirnos a La Balsa.

Venían con un propósito: fundar una colonia hippy en Capilla o en San Marcos Sierras. Soñaban vivir en una comunidad autoabastecida, imposible de pensar en las ciudades. Contaban y explicaban su inverosímil proyecto. Nunca pudo concretarse, porque la ciudad venía con ellos.

Yo era, al comienzo, solamente un observador expectante, no comprometido. Venía de otros naufragios y andaba en otras causas.

Pero casi todas las noches nos encontrábamos en el bar de copas de mi amigo Juanjo, que se llamaba Nova, y allí discurríamos. Hablábamos de la paz que ellos proponían mediante una organización independiente del sistema, del ejemplo que se desarrollaba en California, de la imposibilidad de “hacer algo” en Buenos Aires, antes de decidir venirse a estas serranías.

Yo no creía en el modelo que proponían, pero comenzó a gustarme Junquito.

La atracción fue mutua, y días después Pipo bailaba solo arriba de una mesa, mientras Junquito y yo nos íbamos a dormir en la carpa que tenían junto al río. Casi de día ya, llegó Pipo, saludó, pidió permiso y se echó a dormir una borrachera triste que había alcanzado en su soledad. Pero nunca se quejó. Aceptó la nueva sociedad.

Los triángulos amorosos son complejos. Y si son cuadriláteros, peor. El cuarto vértice lo ocupaban “los chicos del río”, una pandilla humilde, de edades entre 7 y 12 años, que habitaban la zona del Calabalumba, y que adoraban a Junquito, y la protegían permanentemente. Ella les enseñaba a leer y escribir y a pintar, ambas cosas las hacía muy bien.

El pueblo, ofendido por semejante desafío, la acusaba de hereje, y de prostituir a los niños. Es muy difícil ser diferente, sobre todo en pueblo chico. La condenaron sin conocerla: andar descalza, y con una flor pintada en la cara era suficiente. El resto era pura imaginación pueblerina.

El Chongo me cedió el bulín que teníamos en las afueras del pueblo y nos fuimos a vivir juntos. Días de mucho amor y descubrimientos. “Mira lo que nos trajo el pintor loco...”, le gustaba exclamar cada vez que el atardecer vestía de rojo al cielo de Capilla.

Yo la veía hablar con una flor o con un bicho...pero sabía que no estaba loca.

Mi vestimenta totalmente normal contrastaba con su figura.

Ambos sabíamos que habitábamos mundos diferentes, y que la convivencia no duraría mucho. Me decían que mi madre lloraba ante sus amigas, por mi destino. Un domingo la llevé a almorzar a casa de mis padres, se acabó el conflicto. Era indudable que si algo sabía hacer Junquito, era despertar el amor. Mi padre, que siempre fue solo buenazo, la recibió en su corazón. Mi madre, siempre algo desconfiada, solo la aceptó.

Al día siguiente, del negocio de mi padre, llegaron a nuestro refugio varias cajas con provisiones.

Duró tres o cuatro meses la convivencia. Antes de finalizarla, fuimos juntos a Córdoba, yo debía rendir dos materias. Nos instalamos en un apartamento que yo compartía con cuatro amigos. Creo que todos se enamoraron de Junquito. Terminados exitosamente los exámenes volvimos, pero pasamos una noche en el Observatorio Astronómico, situado en Falda del Carmen, cerca de Alta Gracia. Estaba allí uno de los más destacados astrónomos que teníamos: el Dr. Sersic, junto con sus ayudantes. Todos quedaron atrapados por sus ojos marrones, su sonrisa y el deseo infinito de ver el universo.

Pasamos toda la noche con el telescopio, tomando café y hablando de todo. Al amanecer volvimos a nuestro refugio.

.....

Poco tiempo después nos separamos. Cada cual debía continuar su vida. Yo volví a Córdoba, a terminar mi carrera y ella se puso a construir el rancho donde viviría. La ayudaban los chicos del río, que siempre me miraban con celos y desconfianza. Hubo decenas de anécdotas, que no cuento porque seguramente son solo accesorias.

Siempre estaban cercanas las alucinaciones. Junquito se castigaba a veces, con anfetaminas de la época, yo nada, un poco de alcohol, y punto.

.....

Pasó un largo año. Volví a Capilla el verano siguiente. La encontré a Junquito de casualidad en una noche de bar, y me dijo: debes leer lo nuevo que escribí. Era ya tarde, de noche. Yo había bebido algunas copas con los amigos y estaba ya casi de resaca. Nos fuimos a su nuevo rancho, camino a La Toma, que estaba muy bonito, me entregó su cuaderno y se echó a dormir en una hamaca. Leí sus escritos a la luz de una vela. Realmente escribía muy bien, todo lo que expresaba era bello, y ahora menos alucinado. Como a las 5 de la madrugada se me partía la cabeza. Salí en busca de alguna aspirina y como no encontré nada abierto, me fui a mi casa.

La noche siguiente estaba yo con amigos en una mesa de El Kaylo, y Junquito en otra mesa con un muchacho desconocido. Se acercó a nuestra mesa y luego de chicanearme con que la noche anterior “la había abandonado”, nos dijo: nos vamos con mi amigo a La Falda...quieren venir? No, les respondimos. Y se fueron.

Regresando de La Falda, de madrugada, se estrellaron contra un árbol en la “curva de la muerte” que existía por ese entonces cerca de Villa Giardino. Murieron los dos.

El era un viajante de Buenos Aires, dejó una viuda y dos hijos.

La muerte de Junquito consternó a la misma sociedad que la había condenado. La velaron en casa de unos parientes que ella tenía allí. Todo el pueblo pasó ante su cuerpo. Los niños del río hicieron una guardia de honor.

Yo no quise participar de ninguna formalidad. Bebí tragos y le preguntaba al pintor loco el porqué de semejante tristeza y culpa absurda que me invadía... Me resonaban las palabras de la noche anterior: ...”me abandonaste...” Yo sabía que nos habíamos abandonado mucho antes, por perseguir quimeras diferentes.

Pero el dolor profundo era inevitable.

Dicen algunos que esa fue la razón que me alejó, casi definitivamente, de mi pueblo de la niñez. No lo sé. Pero creo que no. Cuando se trasciende lo formal, se aprende a respetar al destino.

Esa noche, solo y abandonado en una mesa, le escribí un poema despedida y lo pegué en una de las paredes de Nova.

Traté de conseguir su famoso cuaderno. Imposible. Los chicos del río se llevaron todo como un tesoro que les pertenecía. Y era verdad.

En algún rincón oscuro estará, como un misterio más.

Decidí volver a Córdoba, consciente de que ahora si partía definitivamente hacia otros rumbos.

Nunca escribí esta historia, lo hago ahora, con las penas atenuadas por los años, en memoria de Junquito Plumerón, la dulce, tierna y desolada Junquito.

Hasta siempre.

## Fin

## Anexo

### Algunos comentarios de los lectores